

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

CONCURSO LITERARIO

I.E.S. DUQUES DE NÁJERA

CURSO 2021-2022



El jurado, formado por los profesores y profesoras del Departamento de Lengua y Literatura del IES Duques de Nájera y los alumnos y las alumnas que cursan «Literatura universal» (materia de 1º de Bachillerato), ha decidido otorgar los siguientes premios del Concurso Literario «Viajes y descubrimientos» (curso 2021-2022):

a) Primer ciclo de ESO

Segundo premio: «La máquina del tiempo de Adrián», de Elisa Quintano Díez (1º de ESO)

Primer premio: «Un viaje para mí», de Sofía Arana Mayoral (2º de ESO)

b) Segundo ciclo de ESO

Accésit: «La cueva de la abundancia», de Lucía González Verdugo (4º de ESO)

Segundo premio: «En un mar de sueños», de Mario Ruales Torroba (4º de ESO)

Primer premio: «Entre nosotros», de Dieudonna Vuvu Kuziza (4º de ESO)

c) FP y Bachillerato

Segundo premio: «La traición del mar», de Rodrigo Díaz Gómez (1º de Bach.)

Primer premio: «El vuelo de las mariposas», de Adriana Bella Purón (2º de Bachillerato)

IES DUQUES DE NÁJERA

6 de abril de 2022

ÍNDICE

- «Un viaje para mí», de Sofía Arana Mayoral (2º de ESO) (página 4)
- «La máquina del tiempo de Adrián», de Elisa Quintano Díez (1º de ESO) (página 6)
- «La cueva de la abundancia», de Lucía González Verdugo (4º de ESO) (página 8)
- «En un mar de sueños», de Mario Ruales Torroba (4º de ESO) (página 16)
- «Entre nosotros», de Dieudonna Vuvu Kuziza (4º de ESO) (página 24)
- «La traición del mar», de Rodrigo Díaz Gómez (1º de Bach.) (página 33)
- «El vuelo de las mariposas», de Adriana Bella Purón (2º de Bachillerato) (página 47)

UN VIAJE PARA MÍ

Sofía Arana Mayoral (2º de ESO)

Hoy comienza mi viaje.

Una travesía sin rumbo.

Un camino sin destino.

Una historia por escribir.

Me despido de todo.

Preparo mi mente.

Despido a mi gato

Y al cariño de la gente.

Pedaleo en mi bicicleta,

Cojo mi pequeño avión,

Navego el celeste mar

Y en un puño llevo el corazón.

Mientras viajo descubro cosas:

Descubro nuevos paisajes,

Nuevas tradiciones,

Nuevos países y a sus gentes.

También me doy golpes,

Veo cómo es la vida

Y me siento acorralada

En callejones sin salida.

Siempre encuentro consuelo

Pensando nuevos destinos,

Trazando la ruta

Y soñando colores vivos.

He dado muchas vueltas.

Reconozco el mundo como mío.

Nombro todos los países

Y al volver a casa sonrío.

Me he encontrado a mí misma.

He conocido a mis sentimientos,

He sonreído a mis emociones

Y he pintado mis pensamientos.

LA MÁQUINA DEL TIEMPO DE ADRIÁN

Elisa Quintano Díez (1º de ESO)

¡Hola, amigos lectores! Soy Adrián, tengo 23 años y vivo en Barcelona. En este momento he estado trabajando para crear una máquina del tiempo.

Hace dos días terminé las pruebas de funcionamiento de mi máquina del tiempo, lo que quiere decir que ya estaba lista para el primer viaje al pasado.

Me llevó muchos días decidir qué época quería visitar primero, pero al final elegí el siglo XV, ¡quería conocer a mi héroe del pasado!, Cristóbal Colón.

Así que me metí dentro de la máquina del tiempo y me dirigí hacia el 24 de abril de 1490 en Alcalá de Henares, donde Colón se reunió con los Reyes Católicos para financiar su expedición a las Indias.

Antes de salir al exterior me puse la ropa típica de esta época y empecé mi búsqueda de Cristóbal Colón. No me fue difícil encontrarle, ya que era el único que parecía rico en aquel lugar, y también el único que estaba interesado en llegar a acuerdos con los Reyes Católicos. Cuando le tuve a la vista no me fue difícil reconocerle, así que me acerqué a él y, sin miedo, empecé una conversación con mi héroe del pasado, Cristóbal Colón.

-Hola, me llamo Adrián.

-Buenos días, soy Cristóbal Colón, ¿en qué quiere que le ayude?

-No necesito nada, señor. Solamente quería conocerle, que sepa que usted es mi ídolo desde que era pequeño.

- ¿Yo?, ¿ídolo?, ¡no puede ser!, no he hecho nada importante. Además tú no me podías conocer cuando eras pequeño. Hace muy pocos años que la gente conoce mi nombre.

-Sí, ¿no se acuerda?, usted descubrió las Américas y es muy famoso por ello.

-Yo no he descubierto nada. ¿Cómo lo ha llamado?, ¿las Américas? Chaval, no sé qué dices, ¿te has dado un golpe en la cabeza o qué te pasa?

- ¡Vaya! - dije susurrando para mí mismo.

Había cometido un grave error y eso me iba a meter en problemas. Me di cuenta de que no podía seguir hablando con Cristóbal Colón, así que terminé la conversación.

-Me tengo que marchar, adiós señor, me alegro de haberle conocido. –murmuré.

Me fui corriendo y me resguardé en una calle fría y sombría.

Allí me dije a mí mismo:

-Soy un tonto. He cometido un grave error, he venido más de un año antes de que Colón descubriera las Américas. Podría haber destruido el continuo espacio tiempo y haber desbaratado todo el universo. Tengo que volver rápidamente al presente.

En ese mismo instante me di cuenta de que no estaba solo. Unos guardias de seguridad de los Reyes Católicos, los Reyes Católicos y Cristóbal Colón estaban observándome desde una esquina.

Rápidamente me oculté hasta llegar a un establo de caballos, donde había dejado escondida la máquina del tiempo.

Ellos me persiguieron, querían descubrir quién era yo. Por esos motivos tuve que utilizar un arma del siglo XXI, la cual ellos no conocían, un táser.

Les disparé a todos y esto hizo que me diera tiempo a entrar a la máquina del tiempo y a regresar al presente, al año 2022.

Al llegar a casa me senté a la mesa y pensé: Me he equivocado. Colón no descubrió América hasta octubre de 1492. Le he dicho algo que todavía no había sucedido y por ello, ¡casi destruyo el universo entero!

En ese momento cavilé y decidí que lo más inteligente era destruir la máquina del tiempo, así que lo hice. La quemé ese mismo día, sólo quedaron unas cenizas de ella.

Al cabo de unas semanas leí un artículo que me dejó helado. En una página del diario de Colón había un dibujo que se parecía mucho a un táser y, al lado, estaba escrito el día exacto que les disparé. Después de leer el artículo me quedé más tranquilo: no había habido ningún extraño suceso provocado por mi viaje en el tiempo. Aunque debería haber tenido más cuidado. Por eso me prometí que nunca más iba a investigar de esa manera con mis descubrimientos y que nunca más iba a vivir un viaje tan arriesgado como el que hacía poco había vivido, porque como digo: hay que vivir el presente, para no trastocar ni el pasado ni el futuro.

LA CUEVA DE LA ABUNDANCIA

Lucía González Verdugo (4º de ESO)

María llevaba el mapa en una mano y la brújula en otra, daba cuatro pasos y consultaba el primero, luego la segunda y volvía a avanzar otros cuatro pasos. Repitió este ritual otras tres veces antes de yo me decidiera a hablar.

- ¿Me puedes volver a explicar cómo hemos acabado perdidas en medio de la nada? - la chica se giró y me regaló una de sus sonrisas deslumbrantes antes de contestar.

-Uno, no estamos perdidas en medio de la nada, estamos en el Parque Nacional de Santa Fe, en Panamá; dos, tú has decidido venir, no hemos acabado así por casualidad y tres, todo es culpa de Colón y sus estúpidas cartas de navegación.

****SEIS MESES ANTES****

-Este sitio me gusta demasiado- dije mientras nos acercábamos a la puerta principal.

- ¿Por qué? Es como una biblioteca.

-Por eso, las bibliotecas son maravillosas, están llenas de silencio y de libros, son un lugar muy interesante.

-Lo que tú digas...

-No te quejes, es lo que te toca por ser amiga de una escritora, además, tú me has pedido ayuda con el trabajo, así que.... - su risa me inundó de un calor reconfortante.

- ¿Solo eso? Porque yo creo que también tengo que aguantar tus interminables horas de lectura en las que pasas de mí, o esa obsesión insana cuando se te ocurre una idea nueva, o sea, cada semana.

-Lo que tú digas...- los ojos de María, volaron hacia los míos y yo sentí que me derretía, como cada vez que hacía eso.

Dimos por zanjado el tema y entramos en el edificio. Dos horas después teníamos algunos fragmentos originales de las cartas de Colón frente a nosotras y ahora el Archivo de indias no solo a mí me parecía un sitio encantador.

-Nat mira esto- dijo María llamando mi atención, yo me acerqué y observé por encima de su hombro.

- ¿Qué se supone que estoy viendo?

-Es parte de los cuadernos de Colón durante su cuarto viaje a América.

-Vale y...

- En ese viaje Colón fundó el asentimiento de Santa María de Belén en Veraguas porque nativos de otra zona le habían dicho que había metales preciosos, entonces decidió dejar su búsqueda de un paso continental, es decir, un canal, y él y sus hombres encontraron oro- hablaba con una satisfacción enorme, se notaba que estaba hecha para ser historiadora. - ¿Qué pasó? Pues que la gente que vivía allí se empezó a oler que las cosas no iban bien y que lo único que los españoles querían era robarles las riquezas y todo ese rollo de los colonizadores así que, básicamente, les echaron.

-Vale y...

- Mira esta página, está contando que tuvieron que huir pese a haber encontrado riquezas... mira los bordes, los dibujos.

-Vale y... puede ser que aquí al amigo lo de descubridor no le parecía suficiente y quería ser artista- cada vez entendía menos a dónde queríamos llegar.

-Natalia, por favor, céntrate, es en serio, la página entera está llena de dibujos, es un paisaje y esto parece...

- ¿Un cofre? ¿Qué pinta ahí un cofre?

- ¿Y tú te haces llamar escritora? Está claro, si Colón encontró oro, ¿por qué no lo iban a hacer las personas que vivían allí? –los engranajes de su cabeza chirriaban mientras funcionaban a toda velocidad - imagínatelo, descubren que unos extranjeros están encontrando sus metales preciosos, entonces se dan cuenta de que es lo único que quieren y lo esconden todo en una cueva subterránea llena de trampas estilo Indiana Jones, peli de Disney. Luego, Colón se entera y dibuja un mapa, el cual no es nada menos que el paisaje que se ve desde su barco cuando zarpa tras haber sido expulsados por los indígenas; esto lo hace con la esperanza de volver algún día y conseguir todos esos tesoros, marcando el lugar con un cofre en vez de con una equis, porque eso era de piratas.

El entusiasmo de María es tal que le brillaban los ojos mientras susurraba y yo me sentí un poco mal por romper el encanto del que era presa.

-Exactamente por ser escritora sé diferenciar entre lo que es ficción y lo que es realidad y esto es, como tú has dicho, una peli estilo Indiana Jones. Lo más probable es que Colón dibujara el paisaje porque era bonito y que el cofre ni siquiera significase algo. Incluso si fuera real es posible que ese tesoro lleve siglos descubierto, estas páginas las ha leído un montón de gente antes que nosotras. O incluso si hay una muy remota posibilidad de que eso no haya ocurrido,

el paisaje estará tan cambiado después de tanto tiempo que ni siquiera lo podríamos reconocer.

-Vale, ¿pero y si no es así? ¿Y si resulta que en medio de la costa centroamericana hay una cueva llena de tesoros? ¿No lo intentarías? ¿No saldrías de la rutina y te lanzarías a la aventura? Vamos Nat, ¿no vendrías conmigo?

**

Claro, y yo como una tonta le dije que sí, porque por ella viajaría a la Luna en coche o tallaría las nubes para que tuvieran forma de caniche, porque si ella me lo pidiera me pondría a investigar sobre antiguas tribus o a buscar un tesoro sin saber con certeza que existe.

Después de ese día fuimos otras tres veces al Archivo de Indias, leímos páginas y páginas de documentos antiguos y consultamos tantos libros como pudimos encontrar sobre el tema. El trabajo por el que todo esto empezó fue entregado en tiempo récord y dedicamos cada rato libre a informarnos y hasta conseguimos hablar con una historiadora panameña gracias a una de las profesoras de María, que en todo momento pensó que no era más que investigación para sus trabajos. Yo intentaba dividir mis días entre estudiar, ir a clase, escribir y leer libros de historia además de buscar posibles sitios que coincidieran con el dibujo de Colón, sin embargo, no fue hasta dos meses y medio más tarde cuando encontramos el lugar que el hombre trató de immortalizar y fue gracias a un cartel contra el cambio climático que defendía la vida de árboles centenarios. El de la imagen en concreto tenía casi seiscientos años y pese a que era cuatro veces más grande y había cosas que no deberían estar ahí, como un avión o una antena televisiva, el paisaje era perfectamente reconocible en las ilustraciones hechas a mano por el descubridor.

El bosque a nuestro alrededor tenía vida propia, había pájaros por todas partes y yo tenía la sensación de que algún bicho extremadamente venenoso y extremadamente grande iba a saltar a mis pies en cualquier momento. El suave murmullo del agua a lo lejos era lo que le daba ese toque de bosque encantado, aunque me parecía oír un ruido sordo y constante que nos acompañaba todo el rato.

-María, ¿me puedes dejar el mapa? sé que todo esto ha sido idea tuya, pero tu sentido de la orientación es horrible - la aludida me lanzó una mirada furiosa. Habíamos situado cinco puntos diferentes en la zona en los que pudiera haber una cueva oculta y aunque habíamos hallado tres, allí no había más que telarañas e insectos. - Es que me parece que estamos andando en círculos todo el rato, ¿no hemos pasado ya por esta piedra? ¿o es que son todas iguales?

- ¿Cómo van a ser todas las piedras iguales? ¿Por qué crees que ya hemos pasado por aquí?
- la chica empezaba a desanimarse y yo a desesperarme.

-Está claro, no creo que haya muchas piedras con esas rayas.

- ¿Qué rayas? Yo no veo nada

-María, ahí- dije señalando las muescas en la roca- espera un segundo, eso no son rayas, son símbolos *Ngäbe* - me acerqué un poco más y pasé la mano por encima con cuidado, intentando darles sentido a las marcas sobre la superficie rocosa - ¡Santa madre de todos los libros, creo que lo hemos encontrado! ¡Estamos en el sitio correcto! - yo estaba eufórica y mi amiga ni siquiera reaccionaba.

-Lo hemos encontrado... ¿estamos seguras de que lo hemos encontrado?

-Sí, estoy segura, es el símbolo de la abundancia y la riqueza- dije mientras comprobaba algunas de las notas que habíamos recopilado durante los meses anteriores.

-Lo hemos encontrado...- volvió a susurrar- ¡Lo hemos conseguido! ¡Nat, hemos encontrado el camino! No voy a decirte que te lo dije, pero sabes que te lo dije.

-Este momento merece pasar a la posteridad - entusiasmada saqué el móvil e hice una foto mientras sonreíamos frente a la roca.

-Bueno, siento romper el encanto, pero solo hemos encontrado el camino - María me miró y me dio la sonrisa más ancha y brillante del mundo.

-Pues entonces, ¿a qué estamos esperando?

Continuamos por la ruta que habíamos marcado, encontrándonos con los símbolos tallados en piedra cada poco. Hacía calor y había bichos por todas partes, pero no nos desanimamos, ya habíamos conseguido el doble de lo que yo imaginé en un principio.

Una hora después llegamos al pie de una montaña, un riachuelo que parecía subir en vez de bajar corría furioso alrededor de esta y los extraños símbolos que habíamos estado siguiendo se encontraban grabados en medio de una pared lisa que no concordaba con el entorno.

-Vale, y ahora, ¿qué? - me crucé de brazos y contemplé la seria expresión de María.

-Ahora vamos a tener que utilizar nuestros dones para los idiomas - la chica señaló los bordes de la piedra, en ellos había más grabados y pude reconocer algunas letras del alfabeto *Ngäbe*.

Nos sentamos en el suelo y empezamos a revisar todos los apuntes que habíamos reunido sobre el antiguo dialecto panameño, hasta que, casi una eternidad después teníamos la mayoría del mensaje traducido: "*Que la avaricia no te corrompa, pues solo aquellos de corazón puro podrán ser dueños de los tesoros que esta cueva custodia.*"

El mensaje dejaba claras las intenciones de quienes lo escribieron, que los codiciosos españoles se alejaran de sus preciados tesoros pero, aunque habíamos descifrado los grabados, no había pista aparente para poder entrar en la cueva.

-Bueno, está claro, los nativos no querían ver por aquí a los españoles, eso ya lo sabíamos, ¿cómo entramos?

-Tal vez no podamos entrar- María me miró desde donde estaba sentada en el suelo, algo le rondaba la cabeza.

- ¿Qué? ¿Por qué no?

-Igual hemos sido demasiado avariciosas queriendo encontrar un tesoro centenario, igual ya no tenemos un corazón puro - me acomodé más cerca de ella y la cogí de la mano.

-Perdona que te diga, pero no hay persona con un corazón tan limpio como el tuyo, eres la mujer más maravillosa que he conocido y si alguien se merece encontrar este tesoro eres tú. Además, lo que nosotras hemos hecho ha sido soñar a lo grande, no ser avariciosas. A ver, igual un poquito al principio, pero en ningún momento hemos sido corrompidas - me puse de pie y tiré de ella - así que deja de pensar que los dioses *Ngäbe* no nos van a dejar entrar en esa cueva para admirar todas esas reliquias porque hemos trabajado mucho para poder llegar hasta aquí, ¿me oís? - grité mirando al cielo - no me pienso quedar a las puertas de ver un auténtico tesoro de hace quinientos años.

María me miró y yo intenté transmitirle toda la confianza posible y no reírme antes de volver a hablar, pero ella se abalanzó sobre mí y me envolvió en un gran abrazo de oso que le devolví mientras sus labios susurraban un silencioso gracias y mis tripas se retorcían de cariño. Por suerte o por desgracia nuestro abrazo quedó interrumpido por un crujido proveniente de la pared a nuestro lado, poco a poco esta comenzó a deslizarse hacia un lado con un estruendoso sonido revelando la boca de una cueva que se iluminó gracias a unas antorchas a los lados. Miré a mi amiga que estaba tan sorprendida como yo, pero una sonrisa tiraba de las comisuras de sus labios.

-Parece que los dioses te han escuchado.

-Me parece que ha sido más cuestión de física - señalé la baldosa medio oculta por las hierbas en la que habíamos estado apoyadas apenas un segundo antes, tenía el símbolo que había en la pared de la roca.

-Lo que tú digas....

Sin pensarlo, nos volvimos a poner las mochilas y cogimos una antorcha cada una. La boca de la cueva era ancha comparada con la diminuta escalera de caracol que había oculta entre las sombras. Había pinturas en todas las paredes y un río enfurecido corría por encima de

nuestras cabezas pues de vez en cuando podías oír una gotita golpear el suelo y si prestabas atención se escuchaba el rumor de un enorme salto de agua no muy lejos. Continuamos en silencio, prestando especial atención al suelo y las paredes pues ambas habíamos visto demasiadas películas como para saber que en cualquier momento nos podían llover flechas envenenadas de quién sabe dónde. De pronto, la escalera acabó y el estrecho espacio dio lugar a una enorme estancia rectangular iluminada por pebeteros dorados de llamas anaranjadas que contrastaban con el resplandor azulado emitido por la parte trasera de la sala, la cual, se podía decir que contenía uno de los tesoros más grandes jamás vistos. Había pepitas de oro por todas partes, montones de joyas se apiñaban aquí y allá, estatuillas religiosas con adornos en plata y cobre estaban caídas por todas partes y enormes figuras doradas de dioses presidían el tesoro desde el fondo, dónde se erguían como cuatro gigantes de al menos dos metros y medio.

- Es...- María admiraba ahora las pinturas de las paredes que representaban a un grupo de hombres vestidos con telas de colores vivos enfrentándose a otros con sombreros y botas hasta la rodilla que estaban dibujados con colmillos y caras diabólicas.

-... increíble - terminé por ella, la felicidad no cabía dentro de mí, todo nuestro trabajo había merecido la pena.

- Sí, es increíble y ahora es mío - habló una voz detrás de nosotras. Un estruendo de botas comenzó a resonar por las escaleras y un grupo de seis hombres vestidos con ropa de camuflaje y armados con pistolas apareció por la pequeña galería.

El hombre que había hablado hizo un gesto con la cabeza y dos de los otros se pusieron a nuestro lado y nos arrancaron las mochilas.

-Permítanme que me presente - tenía el pelo blanco y rapado, dos largas cicatrices recorrían el lado derecho de su cabeza desde la oreja hasta la nuca, también llevaba ropa de camuflaje y botas, pero además, aquel hombre portaba dos revólveres antiguos con las empuñaduras nacaradas y un caro reloj de oro.

- Soy el coronel Lutent, ex-miembro de la marina americana y no pude evitar escuchar su conversación de hace unos meses en el Archivo de Indias - miré a María, su expresión denotaba cautela, pero podía intuir que tenía tanto miedo como yo - me gustaría agradecerles el trabajo duro que han realizado mientras yo me limitaba a seguirlas cómodamente desde mi helicóptero - en ese momento algo hizo clic en mi cabeza y me acordé de aquel ruido sordo que parecía acompañarnos a lo largo del viaje.

El coronel empezó a pasearse por la sala con aires de grandeza, se detuvo frente a una pila de oro y cogió un puñado de pepitas doradas y brillantes del tamaño de monedas de euro. Las observó con detenimiento, podría jurar que las olió y hasta las chupó, incluso que les susurro

algo, pero mi corazón martilleaba tan fuerte en mi pecho que no podía oír nada más que su desenfrenado latido, de lo que estoy segura es de que, luego, una por una, las guardó en uno de sus bolsillos.

-Bueno, me habéis sido de gran ayuda, habéis hecho toda la investigación y me habéis guiado hasta aquí como hormiguitas a su hormiguero, pero pese a que ambas sois preciosas y me encantaría poder pasar más tiempo con vosotras, tengo prisa y sabéis demasiado, así que no me queda otro remedio que borraros de mapa.

Sin pensárselo dos veces y como si estuviese dando el pronóstico del tiempo, el ex-marine sacó de su funda uno de los revólveres y lo amartilló, yo solté un grito ahogado y él levanto el arma, apuntándola directamente hacia mi cabeza, pero antes de que pudiese disparar, un puñado de arena comenzó a caer del bolsillo donde había guardado las pepitas de oro captando su atención con un suave silbido. La tierra no paraba de caer y yo miré a María sorprendida, de pronto una tromba de polvo apareció junto a la estrecha puerta, dejándola cubierta de arena y a los dos hombres que había delante sepultados bajo esta, ahora la arena salía de absolutamente todos los bolsillos del Coronel Lutenant que soltaba toda clase de improperios y parecía que se había vuelto más loco de lo que ya estaba. Todo el oro de la sala comenzó a desintegrarse formando enormes montañas de pequeños granitos, fue entonces cuando me di cuenta de que si las cuatro estatuas del fondo también se desintegraban acabaríamos atrapadas en la cueva. María también debió percatarse pues aprovechando la estupefacción de los hombres a nuestra espalda me agarró de la mano y tiró de mí hacia el fondo de la cueva, en dirección al resplandor azulado tras las esculturas doradas que se caían a pedazos.

-Ahí tienes a tus dioses - escuché que decía bajo el griterío de los hombres ya que ahora la arena salía de sus uniformes también, no solo del de Lutenant que se removía en el suelo como un gusano.

El rugido del agua que antes se escuchaba en la lejanía se hizo más fuerte a medida que avanzábamos, hasta que el ensordecedor estruendo se convirtió en lo único que escuchaba antes de pararnos abruptamente frente a una enorme pared de agua, estábamos tras una cascada.

- ¡Tenemos que saltar! - María gritó por encima del ruido de la casada para que pudiese oírla - no hay otra forma de salir - la adrenalina corría por mis venas a raudales y yo creo que eso me dio la valentía de abrir la boca y no limitarme a asentir.

- ¿Es un mal momento para decirte que estoy enamorada de ti? - salió a bocajarro, sin aviso, pero la chica no pareció sorprenderse, al contrario.

- ¿Es un mal momento para decirte que yo también?

María sonrió ampliamente mientras sentía que mi estómago daba volteretas dentro mi tripa, aunque no sabía con certeza si era por la confesión o por el inminente salto, pero no pude pararme a averiguarlo porque la chica apretó un poco más mi mano y saltó a la cascada arrastrándome con ella al vacío. Un grito salió de mi garganta y cerré los ojos esperando el impacto contra la superficie, pero justo antes de sumergirme en las gélidas aguas del río, me desperté.

Me desperté con calma y comprobé que el espacio junto a mí en la cama estaba vacío, pero seguía caliente, con detenimiento abrí los ojos y examiné la habitación mientras los últimos restos de mi sueño se iban evaporando. Todo seguía igual que siempre, la cómoda que no terminaba de cerrar, el armario desordenado y la estantería llena de libros, en la cual, estaban algunos de nuestros últimos logros: algunos diplomas de María y mis últimas novelas, una serie de aventuras sobre un tesoro de más de quinientos años de antigüedad que había titulado *La Cueva de la Abundancia*. Sin embargo, la última balda estaba casi vacía, sobre ella enmarcada por un fino marco de madera tallada a mano descansaba nuestra fotografía favorita, nuestros rostros surcados por una felicidad casi palpable frente a una enorme piedra gris con unos extraños grabados.

EN UN MAR DE SUEÑOS

Mario Ruales Torroba (4º de ESO)

Me desperté debido a una extraña sensación que recorría mi cuerpo. Al abrir los ojos, no fui capaz de distinguir nada en medio del gran vacío en el que me encontraba, excepto mi propio cuerpo, el cual apenas era visible, como si liberara una pequeña cantidad de luz por sí mismo. No me fue posible mover ni un solo músculo, ni siquiera gritar. Casi sin darme cuenta, mis párpados volvieron a cerrarse poco a poco, y justo antes de cerrarlos por completo, un intensobrillo me deslumbró.

Un ligero tambaleo me hizo abrir los ojos de nuevo. Levanté mi cabeza de la cama en la que me encontraba tumbada, muy confundida. Mi nublada vista distinguió unos rayos de luz rosada provenientes de una pequeña ventana circular en el lateral de la habitación, la única fuente de luz de la estancia. Procesando lentamente la situación, me incorporé con cuidado. Mientras permanecía inmóvil, mirando a la nada, sentí el suave mecer del suelo, acompañado del relajante sonido de agua discurriendo río abajo: deduje que me encontraba en el camarote de algún barco.

Finalmente, erguida, caminé hacia la puerta y la abrí, con delicadeza. Atravesé el claustrofóbico pasillo hasta llegar a una escalera, de la que salía aún más luz. Me agarré al pasamanos y subí hasta llegar a la cubierta, donde, tras quedar deslumbrada por un primer momento, pude contemplar el hermoso paisaje ante mí. El cielo brillaba con un color rosa pastel, acompañado de pequeñas nubes violetas. Confirmé que me encontraba en una humilde embarcación, navegando a través de un río de agua teñida por la luz del sol, que permitía ver el fondo, lleno de rocas y vida acuática; a ambas orillas, se observaban plantados cientos de árboles de colores exóticos.

Al girarme para seguir observando mis alrededores, distinguí a una joven al otro lado de la cubierta, sentada temerariamente en uno de los bordes. Tras varios segundos de observación, mi corazón pegó un brinco al reconocer perfectamente de quién se trataba. Como si hubiera sentido mi mirada clavada en ella, se volvió con curiosidad, y la expresión de su cara se iluminó al verme.

—¡Hombre Layra, ya te has despertado! —dijo Sara, sorprendida.

Apoyó las piernas en el barco y se levantó, colocando su trenza de color verde primavera por encima del hombro izquierdo, para después acercarse a mí. Me quedé totalmente anonadada.

—¡Sara! ¿Q-qué haces aquí? ¿Dónde estamos? —pregunté, extremadamente nerviosa.

Había conocido a Sara un par de años atrás, en unas vacaciones de verano. Desde que comenzamos a compartir anécdotas y experiencias, nuestra amistad se volvió mucho más grande; pese a ser prácticamente opuestas en la mayoría de nuestras cualidades y aficiones, nos complementábamos una a la otra. Se había convertido en mi alma gemela.

—¿No te encanta este lugar? Es tan relajante... —contestó ella, ignorando mi duda.

Mostró una gran sonrisa burlona, que me confundió aún más. Estaba actuando de una manera muy misteriosa, nada habitual en ella. Con miles de pensamientos en mi cabeza, finalmente me percaté de lo que pretendía decirme.

—Un momento: el cielo, los árboles, el barco... No me digas que este es otro de mis sueños... —pregunté resignada.

—Me temo que sí. Todo esto es cosa de tu cabeza.

Fruncí el ceño; llevaba semanas experimentando las mismas ensoñaciones.

—¡Agh! ¡Estoy harta! ¡Todas las noches me pasa lo mismo, quiero salir de aquí! Sara agarró mi brazo, en un intento por evitar que me pellizcara a mí misma.

—Eh, eh, relájate. ¿Por qué te alteras tanto?

—Empiezo a agobiarme mucho con lo que está pasando. Estos sueños recurrentes no paran, ya no puedo ni dormir tranquila. No sé ni por qué te cuento esto, si en realidad estoy hablando conmigo misma. ¡Déjame despertarme! —exigí.

Para mi sorpresa, su respuesta me sorprendió.

—¿Por qué piensas tanto en mí, entonces? Al menos, en la Sara del mundo real.

Mis ojos se abrieron como grandes y brillantes canicas. Era la primera vez que, en uno de esos sueños, Sara hacía una pregunta tan directa. Darme cuenta de que no estaba hablando con la Sara que yo conocía en la vida real provocó un pequeño sentimiento de tranquilidad en mi pecho. Mi cabeza pasó uno a uno los momentos más llamativos que habíamos vivido juntas: el angustioso viaje en coche a una playa sumamente escondida, la visita a la iglesia abandonada de la que todo el mundo hablaba, las tardes de verano en la piscina...

—¡E-eso no lo controlo yo! —respondí, inquieta—. No lo sé, siempre hemos congeniado muy bien. Has estado ahí en todo momento y me has ayudado en lo que has podido, y yo también estoy para lo que necesites. Es agradable hablar contigo... incluso cuando me chinchas.

Sara mostró una tímida sonrisa mientras observaba el paisaje, con los brazos apoyados en el borde del barco.

Tras segundos de silencio que sentí como minutos, la joven giró la cabeza en mi dirección.

—Oye, Layra, te propongo algo. ¿Qué te parece si hacemos un pequeño viaje? —sugirió.

—¿Un... viaje? ¿A dónde?

—Esos otros sueños que has tenido... Estoy segura que tienen un significado del que tú no te has percatado. Creo que es buena idea volver a esos lugares, y con suerte entender por qué los estás teniendo y cuáles son sus significados.

De nuevo, me sorprendí gratamente. No solo ideó una propuesta inusual y que parecía convincente, incluso haciéndome olvidar las ganas de volver al mundo de la vigilia; era consciente de los otros sueños que había tenido, y quería hacer algo para justificarlos. Sin lugar a dudas, este no era un sueño corriente.

—Para ello —prosiguió, al ver mi determinada mirada—, debes cerrar los ojos y pensar única y exclusivamente en ese sueño: el entorno, lo que ocurrió, las personas que se encontraban en él... Al fin y al cabo, todo está en tu cabeza, así que estoy segura de que puedes “moldear” el sueño a tu manera.

Asentí y cerré mis ojos lentamente. Me concentré en la imagen que se formaba en mi cabeza, escuchando solo el compás del agua chocando con la estructura de la embarcación. Poco a poco, sin abrir los párpados, sentí mi cuerpo más y más ligero.

* * *

Escuché el chasquido de un candado abriéndose en la lejanía, momento en el que abrí los ojos y volví a recobrar la consciencia. Como si todo el terreno hubiera cambiado durante mi trance, me encontraba erguida en el cruce de dos calles, de aspecto rural. Observando el cartel con el nombre de una de las calles y la estructura de los edificios, llegué a la conclusión de que me encontraba en el pueblo en el que pasé las vacaciones de verano, donde conocí a Sara.

Pareció haber respondido a mi pensamiento, pues apareció a la vuelta de una de las esquinas, con un elegante vestido de seda albino y el pelo recogido con una pinza en la parte trasera. Cuando me avistó, corrió hacia mí sin pensarlo.
—¡Layra, Layra! ¡Ven a ver esto! —gritó emocionada.

No opuse resistencia cuando me agarró firmemente de la mano, tirando de mí como si fuera un carro de la compra. Corrí junto a ella, fascinada con el traje tan hermoso que vestía y la emoción que irradiaba. Subimos a toda prisa por las calles empinadas del barrio, como si fuese la primera vez que vivía ese sueño, hasta llegar a un pequeño descampado en lo alto de la calle. Como ya esperaba, en él se encontraba un mantel de pícnic y dos recipientes de plástico que contenían helados de chocolate y vainilla.

—¡Sorpresa! —exclamó ella—. ¿Te gustan los helados?

—¡El helado de chocolate me encanta! —respondí igual de entusiasmada que la primera vez, con los mofletes ligeramente colorados.

Sara se giró para sacar algo de su mochila, al lado del mantel, cuando de repente algo me agarró con fuerza de la mano y nos impulsó hacia el cielo con una fuerza descomunal. Aterrorizada, aterrizamos en el tejado de la vivienda cercana, fuera de la vista de la joven, que seguía removiendo la mochila y no se había percatado de mi ausencia.

Observé la cara de la persona que había logrado tal hazaña para darme cuenta de que se

trataba de Sara, mas no la misma Sara que vestía de blanco; llevaba el mismo conjunto que enel sueño anterior. Alucinada, prácticamente no podía formular palabra.

—¿¡Qué acaba de pasar!?! ¿Tú no estabas ahí abajo?

—No te preocupes —replicó ella, soltando una ligera risa—, no somos la misma persona. Lo que estás imaginando no es más que un... sueño dentro de un sueño, no sé si me explico.Sigo siendo la misma Sara que ha hablado contigo en el barco, tonta —aclaró.

—S-supongo —manifesté, confusa.

—En fin, ¡qué bonito sueño! Se siente veraniego, fresco, feliz... Sin duda, tienes una imagen muy positiva de mí. Parece que te encuentras cómoda en este entorno, y soñar planes y acontecimientos que puedas realizar en un futuro en la vida real demuestra que no me quieres abandonar.

Guiñó su ojo izquierdo, enrojeciendo un poco más mis mejillas.

—Bueno, ¿pasamos al siguiente sueño?

Asentí con la cabeza. Cerré mis ojos de nuevo, con la intención de concentrarme en una nueva situación. Pese a que los pensamientos sobre lo ocurrido en ese momento me invadían, logré poner la mente en blanco y, una vez más, desplazar mi mente a otro lugar.

* * *

Nuevamente, un grato chasquido característico de un candado abrió mis párpados, y acto seguido me di cuenta de que este sueño no era en absoluto tan agradable como el anterior. Fuertes ráfagas de viento golpeaban mi rostro, que parecían ponerse de acuerdo para empujarme al suelo. Sin embargo, libre de distracciones, clavé los pies en la arena para alcanzar mayor sujeción. No fui capaz de distinguir nada de interés en la oscuridad de la noche, excepto por un par de farolas alumbrando a lo lejos, mientras la arena de la playa en laque me encontraba chocaba con fuerza en mi cara. Escuchaba los rugidos del mar a mis espaldas, con un oleaje enfurecido y dispuesto a arrastrarme sin pensarlo si me alcanzaba.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¿¡Hay alguien ahí!?! —grité preocupada, con la esperanza de recibir ayudade Sara como la última vez que viví ese sueño. En cambio, no obtuve respuesta alguna.

Mis músculos comenzaron a desfallecer. La determinación de permanecer en pie no pudo hacer frente a la del vendaval, que finalmente consiguió hacerme volar por los aires. Avisté el mar bajo mis pies durante unos instantes, que se acercó velozmente hacia mí hasta engullirme con violencia.

* * *

Más cerca y fuerte que nunca, escuché por tercera vez la apertura del dichoso candado. Abrí los ojos nerviosa y, para mi sorpresa, quedé deslumbrada por la fuerte luz del cielo turquesa. Suspiré profundamente y levanté la mirada para comprender dónde estaba: un hermoso jardín decorado con setos gigantes, campos de flores arcoíris y pequeños riachuelos. Me encontraba sentada en un banco de metal negro, al lado de Sara.

—¿Qué narices acaba de pasar? —pregunté atónita, mirándola—. ¿Has visto el sueño de antes? ¿Dónde estabas?

—¿No me has visto? Estaba a tu lado... No entiendo por qué, pero a mí no me empujaba el aire. Lo he visto con mis propios ojos, pero solo lo he sentido como una suave brisa.

—¿A mi lado? —repetí desconcertada—. Pero, si... ¿Sabes qué? No importa.

Observé en silencio las coloridas mariposas que pasaban aleteando sus diminutas alas frente a nosotras. Sin ninguna duda, nos encontrábamos en un verdadero paraíso.

—Ese sueño que has imaginado, con las fuertes ráfagas y el violento oleaje del mar, probablemente representara el miedo que tienes a decepcionarme y a que deje de confiar en ti —declaró ella—. Por eso el viento solo te afectaba a ti.

Tras una leve pausa acompañada del cantar de los pájaros y la revitalizante luz del sol, prosiguió.

—Ahora nos encontramos en la cúspide de tu “mundo onírico”. El lugar más tranquilo de tu subconsciente y el momento más tranquilo de todas las fases del sueño. Te encuentras probablemente a punto de despertarte. Sin duda, un lugar magnífico...

—Y, de nuevo, sigues aquí... —afirmé.

Mi corazón palpitaba alterado. Incluso él había entendido la situación. Dejé escapar un fuerte suspiro nervioso y melancólico.

—Antes, por mucho que lo pensara, dudaba que realmente sintiera algo más por ti, Sara. Ahora... creo que lo tengo bastante claro —declaré tímidamente—. Eres la mejor persona que he conocido, y-

—¡Vale ya, Layra! —gritó—. ¡Si tanto te gusto, dímelo de una vez! ¡Pero en la vida real! No puedes estar callada y perder la oportunidad así como así.

—¿Y si realmente no te atraigo como algo más? ¿Y si me rechazas? No quiero por nada del mundo que nuestra amistad se vuelva incómoda...

—¡Tienes que intentarlo al menos! No te quedes con las ganas, tía. Debes abrirte y ser sincera conmigo. ¡Sé valiente!

Mis ojos se iluminaron de repente. Sentí un pequeño sentimiento de esperanza y determinación, que provocó que mi cuerpo saltara del banco en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Sabes qué? ¡Tienes razón! Esta vez va a ser la buena.

Abracé con gran fuerza a Sara. El tono de sus mejillas se tornó ligeramente más rojizo, mientras devolvía el gesto. Agarró mi barbilla con la mano, cariñosamente.

—Recuerda, sé sincera, sea cual sea mi respuesta.

—Gracias, muchas gracias por tu ayuda —respondí, con los ojos ya cerrados.

Me concentré, una última vez, en una imagen. Intenté recordar dónde permanecía dormida en el mundo real. Aunque no lograba dar con la solución, finalmente me acordé, y antes de que pudiera darme cuenta, las baldosas, los riachuelos y las flores comenzaron a desmoronarse por completo bajo mis pies.

—Mira que eres valiente, chica... —susurró la joven de cabellos esmeralda, justo antes de caer al vacío.

* * *

Mis párpados se abrieron golpeados por la luz del sol, que asomaba entre las hojas de los árboles. Levanté levemente la cabeza y observé mi cuerpo, tumbado encima de una toalla. A mi izquierda, fui capaz de ver a Sara, sentada en su toalla, leyendo un libro. “Ya me acuerdo. Habíamos quedado para hacer un picnic juntas, a la hora de comer. Me habré quedado dormida mientras leía”, pensé. Todavía no se había percatado de mi vigilia.

Una parte de mí estaba ansiosa por confesarle a la chica todo lo que pensaba sobre ella; la otra, no quería levantarse nunca, muerta de vergüenza. Tras un par de minutos más tumbada, escuchando la suave brisa mover la hierba a nuestro alrededor, me armé de valor y me senté suavemente, simulando mi despertar.

—¡Hombre, ya te has despertado! —dijo Sara al verme. No pude evitar recordar el sueño que acababa de vivir.

—Buenas tardes... —saludé, mientras me frotaba los ojos.

—¿Cómo así te has dormido? Te he notado cansada antes, pero no tanto como para echarte una siesta después de cenar.

—No... lo sé. No he dormido especialmente bien hoy.

El suave viento entre los troncos de los árboles acariciaba nuestras mejillas, mientras miraba la nada y pensaba exactamente cómo romper el hielo.

—Bueno, ¿hacemos algo? —preguntó ella.

—Mira Sara —comencé, ignorando su pregunta—, voy a ser totalmente sincera contigo.

¿Puedo contarte algo?

—Claro, claro, sin problemas —contestó, con un tono de curiosidad.

—Verás... Me gustas mucho, tía. Nunca he tenido las agallas de decírtelo, y no quiero para nada ponerte en una situación incómoda. Eres la persona más agradable, cuidadosa y comprensiva que he conocido en toda mi vida. Te amo. Si no sientes lo mismo por mí, no voya ofenderme en absoluto, pues quiero tu respuesta más honesta. No quiero que nuestra amistad y nuestra confianza se pierda por esto, pero estoy mucho más tranquila soltándolo, por fin.

Su rostro, congelado mientras me escuchaba, me llevó a pensar que mi mensaje no le había agradado en absoluto. Sin embargo, sus mofletes se coloraron ligeramente, mientras intentaba evitar que nuestras miradas se cruzaran.

—Si necesitas algo de tiempo para darme una respuesta, no t-

—Layra... —respondió, conmovida—. Me has... pillado por sorpresa, la verdad.

Ya mentalizada del desenlace de la situación, Sara se acercó a mí lentamente y se sentó con las piernas cruzadas delante de mí. Las pupilas de mis ojos se agrandaron, sorprendidas, y una pequeña chispa de emoción se encendió de repente en mi interior.

Acercó su mano a mi cara. Muy lentamente, la distancia entre nuestros rostros se fue acortando poco a poco, y nuestros ojos miraban fijamente a la otra persona. Casi sin darnos cuenta, nuestros labios se fundieron en un mágico beso, corto pero intenso. Tras separarlos y mirarnos a los ojos, ambas mostramos una tímida, pero leal sonrisa y, más segura de mí misma, volví a besarla apasionadamente.

Entre Nosotros

Dieudonna Vuvu Kuziza (4º de ESO)

Quizás nuestras vidas nunca debieron cruzarse,
quizá nuestros corazones nunca debieron intimar
y, mucho menos, nuestros cuerpos nunca tuvieron que conocerse
hasta amar cada rincón que cada uno odiaba
de sí mismo y convertirlo
en su hogar.

-VK

Cada medianoche los leones venían a cazar a sus presas o, como los llamaban ellos, “las gacelas”. Blancas y negras, esa era su distinción; aquellas que estaban manchadas de tinta negra y las que se habían librado de la maldición. Había una norma muy clara: gacelas de distinto color no podían juntarse entre ellas, sin importar la condición. Si los leones los pillaban, los matarían a los dos. Nunca solían cazar a más de dos presas la misma noche, pero si la ambición les podía acechaban a unos cuantas sin piedad.

En torno a las 00:00 se encendió la luz en Juster Street 21.

—Cariño. ¡Están aquí! —exclamó Rose sobresaltada.

—¿Quiénes? —preguntó George.

—Han entrado en casa de los Turner y todavía no han salido —dijo ella.

—Tranquila, seguro que la Sra. Turner lo ha escondido muy bien —insistió George para calmarla.

—¿Y si los próximos somos nos...?

Silencio, eso es lo que se produjo durante los siguientes diez minutos. Provocado por un disparo que hizo poner en pie y asomarse a la ventana a todo el vecindario, incluso a los que se habían quedado en la cama aún viendo las luces azules y rojas que parpadeaban. Pero ya se había convertido en una rutina. ¿Por qué asustarse?

Sin embargo, ahora era diferente, se escuchaban los llantos de uno de los niños, que se encontraba arrodillado ante el cadáver ensangrentado de sus padres. Dos niños, agarrados de la mano, el mayor protege a la pequeña que sale con su peluche morado. Sus manos color café estaban cubiertas de un rojo brillante que les recorría todo el pijama. Quién les explicaría que el simple acto de amar fue lo que mató a sus padres.

—Aléjate de la ventana —le ordenó George.

—¡NO! Nos necesitan. Están tirados en el bordillo de la acera esperando consuelo. No entienden lo que sucede, lo único que saben es que sus padres ya no volverán —gritó Rose con lágrimas en los ojos.

—¿Y nuestro bebé, o ya se te ha olvidado? —le recordó George.

—Que nuestro hijo venga a este mundo sabiendo a lo que se enfrenta es lo peor que le podríamos hacer. No puedo más, cariño, cada noche tengo miedo de que seamos los siguientes. Me despierto en la madrugada y me giro para observar si aún sigues conmigo; y lo más duro de todo es que me toco el vientre pensando que él ya no está. Ahí es cuando me doy cuenta de que hemos tenido suerte. De que otra vez el universo o, tal vez, ese Dios, del que tanto hablaba la Sra. Turner, nos ha protegido —sollozó ella.

—¿Qué haces? —le reprochó Rose a George al contemplar que este estaba empaquetando todo.

—Nos vamos los cinco —le contestó.

—¿Qué cinco? —preguntó Rose.

—Los niños de la Sra. Turner, tú, yo y nuestro bebe —declaró George con una inmensa seguridad.

—Tú estás loco —le dijo ella— ¿A dónde pretendes ir?

—No lo sé, pero no podemos seguir viviendo aquí —aseguró él.

De este modo empezó un viaje que prometía devolver la felicidad a esa familia que, hasta hace poco, eran tres y de la noche a la mañana se habían convertido en cinco.

Desde el coche suena la radio más escuchada de la ciudad: el Canal 8. Según el distrito de policías de Proin son dos las presas a las que han cazado esta noche en el barrio de Juster Street, que tiene fama de tener a gacelas negras escondidas por gacelas blancas en sus cuevas.

Una vez más se ha demostrado que quienes se saltan las leyes lo pagan con la muerte.

—Hoy, como cada lunes, tenemos un nuevo invitado. Nos acompaña el Capitán Park, el cual ha presenciado el asesinato, si es que se le puede llamar así, de las gacelas de Juster Street. Buenas noches, Capitán Park. Encantado de que aceptase nuestra invitación.

—Buenas noches.

—Un día duro. ¿No?

—Uno como otro cualquiera.

Al Capitán Park se le conocía por ser el macho alfa de la manada; su arrogancia, su poco trato y su voz firme y segura hicieron que se convirtiera en el ser más temido y respetado de la ciudad.

—¿Podría por favor explicarles a los oyentes en qué consiste su oficio?

—Claro. Trabajamos para mantener a esta ciudad lejos de la peste...

—Gacelas negras, tengo entendido que las llaman.

—Prosigo —gruñó el capitán—. Como bien ha afirmado usted, ellas son la peste. Se cuelan en nuestra ciudad pensando que pueden venir y quedarse en ella porque les place, pues se equivocan. No podemos actuar ante eso, pero sí acabar con ellas de otra manera.

Gacelas blancas y negras no pueden comunicarse entre ellas y muchos menos mantener una relación, es por ello que, si las encontramos, lo cual suele suceder frecuentemente, las ejecutamos.

—Un genocidio —aclara el entrevistador.

—Si así lo quieren llamar ustedes, adelante. Mas deberían agradecerémoslo.

—Ya son más de quinientas las personas que han muerto a manos de sus agentes — anunció el presentador— ¿Aun así espera que la ciudad les aplauda?

El Capitán empezaba a perder las formas y los papeles.

—Que les den. La prensa lo único que quiere es hacernos quedar mal a los héroes. Los salvamos y nos vienen con pegas y quejas, no pienso seguir ni un segundo más aquí. Adiós y que les jodan.

—Una vez más hemos vuelto a presenciar las dos caras de la moneda. Un hombre que dice luchar por su bandera, mas acaba con los que la conforman. Gracias Capitán Park por confirmarnos lo que ya sabíamos —comentó el presentador.

—Capullo —soltó George mientras apagaba la radio.

—No digas eso delante de los niños —lo regañó Rose.

Fueron tres días de viaje e inesperados descubrimientos, en los que cada uno descubrió lo que desconocía del otro, incluyendo su pasado, del que tanto había intentado escapar George, pero que aun así le perseguía allí donde fuera.

Primer día:

Después de ocho horas seguidas en el coche, la familia decidió ir a reposar. Cuando se acercaron al restaurante, se dieron cuenta de que las gacelas negras no estaban permitidas. Rose, sin poner pegas, pidió a George que por favor entrase con los niños y desayunasen. Ella se quedaría en el coche esperando.

Fue ahí, sentada en la parte delantera del coche, cuando empezó a recordar su niñez. Ella y sus amigas estaban jugando en el parque con la inocencia que acompaña a un niño. Tras horas y horas jugando, las niñas decidieron ir al bar de la esquina a que el camarero les regalara una botellita de agua. Nada más entrar, Rose, que hasta entonces no había tenido inconvenientes, vio la primera señal de que no era igual que sus amigas.

—Cariño, volvimos. Los niños no querían desayunar sin ti. Así que te hemos traído tu desayuno favorito —dijo George, interrumpiendo así la pesadilla de su mujer.

—Gracias, pero no hacía falta —susurró Rose intentado olvidar el recuerdo que le había acechado así de la nada.

De vuelta a la carretera, Rose permanecía agachada, evitando que cualquier león les parase. A los niños les hacía gracia, no comprendían la gravedad de la situación ni era necesario que lo hiciesen.

Segundo día:

Un nuevo amanecer, una nueva oportunidad de volver a ser felices, eso es lo que pasaba por la mente del matrimonio que por ahora se había guiado por el corazón y no por la razón.

—George... —dijo Rose.

—Sí, cariño —contestó él.

—Nunca hemos hablado de como éramos antes de conocernos y seguro que este viaje nos ayudará —explicó ella.

—No me apetece hablar de ello —resopló él.

—Empecemos —ordenó Rose.

George le contó a Rose lo que quería que ella supiese de él, saltándose unos cuantos detalles que podían haber cambiado muchas cosas.

Un joven blanco con una familia adinerada que lo tenía todo: una carrera, un trabajo y una prometida. Lo había dejado todo tirado para adentrarse en la aventura más peligrosa a la que jamás imaginó enfrentarse. Sin embargo, Rose no tuvo la misma suerte, también fue rica, pero a diferencia de su marido ella no tenía un futuro asegurado, sino que cada día miraba a la ventana esperando a que algo cambiara.

La carretera se había convertido en su hogar, en su lugar seguro. Jugaban con los niños al “veo veo” y las risas eran reales, o por lo menos lo parecían.

Philip, que tenía nueve años, le preguntó a Rose lo que ella había estado temiendo desde hace mucho tiempo.

—¿Papá y mamá están muertos? —le preguntó el niño.

—Solo se han ido a un lugar mejor —Contestó Rose y, seguidamente, masculló algo que solo George pudo escuchar— Lejos de los leones.

—¿Quiénes eran esos hombres? —prosiguió el niño con el interrogatorio.

—Gente mala —le respondió ella

—Uno de ellos se parecía a George —se carcajeó el niño.

—Cállate —gritó fuertemente George.

El coche se había quedado en un completo silencio. Rose lo miró. Él no se atrevía a mirarla, se decía a sí mismo que lo estaba haciendo todo mal.

—Lo siento, —declaró George— no quería gritarte, pero no me gusta que se me compare con ellos.

Tercer día:

El cielo estaba gris, dando la bienvenida a lo que sería, supuestamente, el final del viaje. Los niños dormían. Rose miraba a la carretera con la creencia de que ya quedaba menos para su nueva vida. George, por su parte, conducía con un pensamiento ajeno al de su mujer.

Miedo, eso es lo que él sentía. No sabía por qué, pero predecía que algo acercaba.

—Cielo, ¿cuánto crees que queda hasta Behour? —preguntó Rose.

—No lo sé— contesto George de manera cortante. —Te quiero mucho, no lo olvides.

—Difícil olvidarlo —le reprochó ella.

Se acercaban a la frontera, solo quedaban quince kilómetros. Los carteles se lo confirmaban. Parecía que lo sucedido hasta entonces nunca hubiese pasado: los gritos, las pesadillas, los lloros y los golpes a las puertas de alguna forma lograron desaparecer.

—¡Llegamos! —susurró Rose.

Fue en ese momento cuando vieron ese sueño tan deseado muy alejado de la realidad. Los habían pillado, los leones los habían encontrado. ¿Qué pasaría ahora con ellos?

Stop —les gritó uno de los leones. Salgan del coche ya.

Ambos salieron del vehículo que les había devuelto la ilusión de llegar a una tierra prometida. Sus corazones latían cada vez más rápido, sabían lo que les deparaba: una muerte trágica.

Algunos leones tocaron a Rose más de lo debido. Empezaron oliendo su pelo, luego bajaron hasta su cuello asomando su boca para así incomodarla y metieron sus manos bajo la camiseta de Rose y tocaron sus pechos hasta que se cansaron de ellos. Ella lloraba al verse tan impotente ante la situación. A su vez deslizaban la otra mano por su espalda poco a poco hasta sus nalgas. Cuando terminaron, la agarraron y la tiraron hacia la calzada de piedra.

—¡Qué buena estás! —gritó uno de los leones— ¡Qué pena que seas negra!

Ahora le tocaba a George, pero con él fue diferente. No hubo manoseo, solo un encuentro muy esperado.

—Amigo —le dijo uno de los leones—, te hemos echado de menos.

—Y yo a vosotros —respondió George olvidándose de que su mujer lloraba desconsolada en el suelo.

Rose miró a su marido de manera confundida y, sin entender muy bien su trato con los leones, fue recogiendo las piezas hasta darse de cuenta de que su George nunca le había contado a qué se dedicaba antes de conocerla. Solo le dijo que lo había dejado todo atrás para poder estar con ella.

En el fondo George no quería enfrentarse a su realidad, pero él sabía más que nadie que quien había sido león en su pasado lo sería para siempre. Se negó a creer eso durante años. Sin embargo, como decía su refrán familiar, “quien olvida su pasado está condenado a repetirlo”.

—George. ¿Quieres decirle algo a tu mujer? — le preguntó uno de sus compañeros.

—No— contestó George, sin atreverse a mirar a su mujer. —Haz lo que tengas que hacer. Nunca hubo un minuto más largo que el que se vivió en aquella frontera que nunca lograron cruzar. Un solo disparo. Un solo cadáver, o tal vez dos. Un silencio. Y un hasta siempre.

—Adiós, mi querida Rose —susurró su marido.

—Ya sabes lo que toca, amigo, tendrás que volver a infiltrarte —le dijo su compañero.

—¿Y los niños? —reclamó uno de los leones.

—¿Qué niños? —le cuestionó George, sabiendo que días atrás su mujer y él habían decidido dejar a su bebé recién nacido en la carretera y a los hijos de la Sra. Turner en la iglesia a la que asistía la vecina.

—Da igual —le reprochó su compañero—; ahora ve a ver a tu padre, que desde la entrevista con aquel presentador no ha vuelto a comunicarse con nosotros. Sus últimas palabras hacia nosotros fueron: matar a cualquier gacela negra que se os cruce por el camino.

—Creo que esto era para ti —le señaló un compañero.

—¿Una carta? Pero si Rose no sabía leer y menos escribir — pensó George.

Cuando abrió la carta lo único que encontró fue: GRACIAS, Te quiere tu gacela negra. Sus ojos empezaron a expulsar lágrimas, sus manos no paraban quietas, su mente sabía que la amaba y que le había dejado ir y su coraz.... ¡Bang!

Un Romeo que no soportó la muerte de su Julieta y se mató al verla ahí ensangrentada; un padre que escuchó la noticia de la muerte de su hijo y puso fin a su genocidio; unos leones que ahora vivían con su remordimiento; unas gacelas que ahora podían amarse entre ellas, y un relato que acabó conmigo aquí, contándoos la historia de mis padres.

LA TRAICIÓN DEL MAR

Rodrigo Díaz Gómez (1º de Bach.)

Las sirenas deben odiar a los piratas.

Esto es lo que siempre le habían enseñado a Ayla, que los piratas eran monstruos de la superficie que harían cuanto pudieran por acabar con los de su especie. Por ello, de pequeña siempre había temido acercarse a los barcos, pero todo cambió el día que mató a su primer pirata. Tenía once años, y como era tradición, debía acabar con la vida de un humano. Tuvo la suerte de poder hacerlo con su primo y mejor amigo, Aodh, el hijo de la Reina y el Rey del Océano, y heredero al trono. Una vez habían localizado a sus respectivas presas, Ayla, pese haber sido entrenada como su primo, prefirió usar su voz para atraer al pirata y así poder ahogarlo, mientras que su primo eligió su lanza, con la que atravesó el corazón de su objetivo. Así se repetiría año tras año desde entonces.

Los cuerpos, pese a no tener vida, sirven como fuente de una fuerza sobrenatural utilizada para controlar la Fuerza Leviatán, una esencia maligna acumulada en el fondo del océano que a su vez está protegida por las Nereidas para que nadie sea poseído por ella. Esta fuerza fue la causante de la casi destrucción total de Nikkam, el reino submarino, y por ello se decidió que nadie podría acercarse a ella, bajo pena de muerte.

Ahora Ayla se prepara para acabar con la vida de su séptima víctima en su decimoséptimo cumpleaños. El agua baña la mitad de su cuerpo, la mitad de su blanca melena se encuentra sumergida, al igual que su cola morada. Sus ojos, del mismo color que la cola, apuntan al mismo sitio que los de su primo, que se encuentra a su lado. Al principio le parecía muy raro cuando de pequeños decían que parecían hermanos, pero ahora ve en él una copia de sí misma en masculino. Misma mandíbula marcada, nariz puntiaguda pero no muy grande, su pelo rubio platino, casi blanco como el de ella; dientes en sierra para desgarrar perfectamente alineados y ambos eran igual de tercos. Lo único que los diferencia son los ojos y la cola, siendo los de él de un color azul como el agua en la que se encuentran.

Ambos visualizan como el barco que antes era un pequeño punto en el horizonte se acerca lentamente adonde están ellos. Se miran y asienten. Saben lo que tienen que hacer.

Ayla elige el lado derecho de la embarcación, cree que este lado alberga las mejores presas, y no porque sean fáciles, sino porque suelen ser las que más problemas dan, lo que quiere decir que hay más diversión. Una vez lista, las palabras y melodía suben por su garganta hasta ser libres, apresando a todo aquel que las escuche. A los pocos segundos ya hay más de diez piratas en su lateral del barco, dispuestos a saltar para conseguir lo que ellos creen bajo este encanto “el amor de sus vidas”. Es hora de decidirse por uno, elegir su víctima número siete, y concentrar su poder en ella. Recorre las caras de sus pretendientes uno por uno, hasta que observa una mujer gritándoles, intentando liberarlos de la ensoñación de su canto. Ayla paró de cantar para poder observar bien a la mujer. Su piel oscura hace resaltar sus ojos azul turquesa, tiene el pelo rosa, rapado en el lado izquierdo y recogido en largas trenzas en el derecho. Es la mujer más bella que ha visto nunca; más que cualquier otra sirena o tritón.

—¡Ayla! – El grito la saca de la ensoñación que no había sido producida por ninguna canción o magia, pero ya es demasiado tarde. Justo cuando se gira para ver a Aodh con el cadáver de un pirata en brazos, una red cae sobre ella. Su primo arroja la lanza y consigue perforar el cuello de un pirata, que cae al agua, pero no sirve para nada, porque ya la están subiendo a bordo. Cañones empiezan a disparar a su primo. Tras pensárselo, él desaparece y la deja sola en manos de los piratas. Siente una punzada de traición, pero no le da importancia porque sabe que no le queda mucho tiempo de vida.

Cuando consiguen subirla, está desorientada y lo último que ve antes de desmayarse es el rostro de la mujer por la que se había dejado hechizar momentos antes.

Vuelve a abrir los ojos. No sabe dónde está. Recorre la estancia y llega a la conclusión de que es una bodega. Intenta moverse hacia adelante, pero nada más internarlo choca contra un cristal. Esta dentro de una gran pecera; tiene más largo que ancho y no está cerrada por arriba, aunque sabe que sería una estupidez salir fuera ya que en pocos minutos se deshidrataría y acabaría como los siete piratas de su lista.

Pasan cinco días y cinco noches antes de que alguien decidiera visitar a Ayla. El sonido de la puerta la despierta, cosa que la molesta ya que el hambre apenas la ha dejado dormir estos últimos tres días. Aparece una figura vestida con el traje típico de

pirata; botas altas, chaquetón color turquesa con botones dorados, una espada plata con oro en el centro y un sombrero de tres picos del mismo color que el chaquetón.

Ayla murmura un par de palabras poco respetuosas y observa al pirata con desprecio.

—Tendría cuidado con lo que dices sirena, puedo oírlo todo. – El pirata levanta la cabeza y Ayla observa que se trata de ella, la mujer de pelo rosa. De cerca es mucho más bella, tiene unos labios carnosos y pestañas largas. Es joven, quizá un año mayor que ella, dos como mucho, pero aun así impone respeto. – Creo que no nos hemos presentado. Soy Morana, capitana de este barco y amiga de los dos hombres que tu amiguito asesinó – se da la vuelta, dándole la espalda a la gran pecera y continúa –. Dame una única razón por la que no debería matarte y servirte como plato estrella de la noche, y dejaré que te vayas.

La sirena no muestra ninguna expresión. No quiere parecer débil o asustada por lo que no deja que su voz la traicione y se queda callada. Morana vuelve a hablar.

—Creo que me he expresado mal. Hay algo que llevo buscando desde que recuerdo, cuando mi padre era el capitán; y tú puedes ayudarme a encontrarlo, si no, morirás y no de forma rápida. – Ayla sabe que lo dice en serio, pero no sabe a qué se refiere la pirata. – Vas a ayudarme a encontrar la Fuerza Leviatán.

Ya tiene todo sentido. La leyenda cuenta que aquel pirata que se haga con ella, será el gobernador de los humanos y vivirá rodeado de riquezas en la ciudad de Lietto, la capital de la superficie.

No todas las sirenas saben dónde encontrar esta reliquia, pero ella es la prima del príncipe y este no es muy de guardar secretos.

La siguiente semana solo recibe visitas de tripulantes que vienen a darle de comer, todos con un colgante en forma de caracola dorada. La insignia de la tripulación.

Ayla se encuentra en un debate con ella misma, no sabe si debería decir la verdad o darle indicaciones falsas. Piensa en ello toda esta semana y al final decide que le dará las indicaciones verdaderas, ya que conducen a una muerte segura y ella será libre.

Espera a que Morana vuelva a visitarla.

Como si le hubiera leído la mente, la capitana aparece esa misma tarde, vestida como la última vez que la vio. Trae consigo un pergamino en blanco y una pluma. Coge un barril y se sienta en frente de la pecera. Le mira a los ojos y Ayla nota un cosquilleo en el estómago que nunca antes había sentido.

—Bien, empecemos. – dice Morana y se queda mirando a la sirena.

—Hay una maner...

—Espera, espera – la detiene –. Esos modales sirenita. Primero dime quién eres, luego ya puedes contarme lo que quieras.

—Soy Ayla Úrsula de Nikkam, hija de Saina y Berlo de Nikkam y sé cómo encontrar lo que anhelas.

—Adelante sirenita. – A Ayla no le gusta el mote, pero cree que podría llegar a acostumbrarse.

—Existe una manera de obtenerla. Primero hay que llegar a la isla Tirena, donde encontraréis una laguna con el mismo nombre y una gran roca en el centro de ella. Allí hallareis el tridente de Varuna, que podréis usar como arma para defenderos de las Nereidas que protegen vuestra reliquia tan ansiada. Para llegar a esta última, tenéis que llegar al centro del Noveno Océano y dejaros llevar por el gran remolino que encontraréis. Lo que pasa después, es incierto.

La capitana se queda mirándola fijamente por un rato, asiente y escribe sobre el pergamino.

—Bien, bien, bien. Investigaremos sobre ello, pero antes quiero dejar claro algo. – Se acerca al cristal. – Si me mientes, te mato; si me traicionas, te mato y si intentas escapar, ¿Qué pasa?

—Me matas.

—Ya sabía yo que nos íbamos a entender rápido. – Sale de la estancia y cierra la puerta de un golpe.

A la mañana siguiente, Ayla escucha pasos que se acercan. La hora del desayuno piensa. Cuando entra Morana en vez de otro tripulante, se sorprende, pero se siente bien. La capitana se sienta en el mismo barril.

—Al parecer estabas en lo cierto sirenita. Esa tal isla Tirena sí que existe y no estamos muy lejos de ella, a un par de semanas de hecho. Pero no es por esto por lo que vengo, estoy aquí para darte la opción de salir de esa cárcel de cristal. – Por primera vez en sus días de cautiverio, Ayla está emocionada. – No te dejaremos en completa libertad, como es obvio, pero podrás nadar atada a una cuerda que te deja bastante margen de extensión. El barco tiene una compuerta, como una plataforma, a la que puedes volver cuando quieras o cuando yo lo necesite.

—De acuerdo. – No sabe qué más decir y como no quiere que la capitana vea su entusiasmo se limita a asentir.

Morana está a punto de salir cuando Ayla le grita que espere, que se quede. No sabe por qué ha dicho eso, pero para su sorpresa, la otra acepta y se queda con ella.

Se pasan toda la noche hablando, no saben si es porque se llevan bien o solo no tienen nadie más con quien hacerlo. Ambas tienen mucho en común, perdieron a sus padres a temprana edad, han sido traicionadas y lo más importante, son asesinas experimentadas. A la mañana siguiente ya se han dado cuenta que ninguna es el monstruo que los de sus especies les habían hecho creer. Hoy por primera vez, la sirena puede volver a donde pertenece. Es medio libre durante todo el día y a la noche vuelve a su pecera, para repetir la charla con Morana. Esto ocurre hasta que por fin llega el día en el que llegan a Tirená. Es más grande de lo que Ayla se había imaginado. Las altas montañas rodean la gran laguna en el centro de la isla, a la que solo se puede acceder por un río que las atraviesa. A la entrada del río hay dos estatuas; Poseidón y Salacia.

El barco se para a la entrada y Morana llama a la sirena. Hablan sobre estrategias para superar a los guardias y cómo hacerse con el tridente.

—Entiendo si quieres que no te vean. – Le dice la capitana a Ayla, que se encuentra sentada en la compuerta, chapoteando con su morada cola.

—Da igual. – Le contesta. – Me habrán dado por muerta y si no, en cuanto me vean seré una traidora, pero dudo que ninguno de ellos sobreviva para contarlo. Además, mi propio primo me dejó tirada y si el príncipe lo hace, todos lo harán. No puedo fiarme de ellos. – A su compañera se le dibuja una sonrisa que inunda de orgullo a la sirena. Ha llegado un punto en el que su amistad es mucho más que una simple amistad. Morana confía plenamente en Ayla y Ayla en Morana. Pero esta última no puede estar ni un minuto sin pensar en ella. Cuando nada por la mañana, piensa en la noche que pasará con ella. Cuando ella le habla, se deja hechizar por su voz, labios, ojos. Todo en ella es una obra de arte que Ayla no se cansa de admirar.

Vuelven a ponerse en marcha. Tardan treinta minutos en llegar al lago. Todo está tranquilo, la tripulación está atenta a cualquier suceso. Un tripulante empieza a quejarse de aburrimiento cuando un tridente plateado asoma de repente de su pecho. Cae de rodillas sin vida y empieza a escucharse chapoteos en el agua. Siete guardias montados a modo de caballo sobre anguilas gigantes emergen a la superficie. Morana manda a la tripulación a los cañones y pistolas y se ponen a disparar, pero los

guardias son demasiados rápidos. Los piratas se lanzan al agua con sus dispositivos para pierna, que los permite andar sobre ella. Aun así, no bastará para derrotarlos.

Ayla quiere ayudar, le grita a la capitana que le dé algo con lo que poder ayudar, pero esta duda si debe hacerlo. Finalmente le lanza un par de cuchillos que usa para romper la cuerda que la ata al barco. Nada más liberarse comienza a nadar hacia los guardias. El primero con el que se encuentra la reconoce y se relaja, porque lo que menos espera es exactamente lo que ella hace. Sale del agua impulsada con la cola, directa a su oponente y con la ayuda de los cuchillos de plata y oro consigue cortarle el cuello al guardia y matar a la anguila.

Cae al agua, se gira y ve el rostro de Morana, la está mirando con una sonrisa en la cara. Se siente orgullosa, pero de repente la cara de su capitana muestra miedo. Ayla se gira en el momento justo para ver un tridente directo a su corazón.

Con una pirueta consigue esquivarlo y agarrarlo, aunque le hace un pequeño corte en el hombro derecho. Furiosa devuelve el tridente a su dueño, que cae sin vida al agua.

Solo quedan cinco piensa Ayla, se vuelve y cuenta. Dos. Solo ve a dos. Un guardián no se retira tan fácilmente por lo que han debido acabar con los otros tres. Son realmente buenos estos piratas piensa. La sirena acaba con uno y Morana con el otro.

Se reúnen ambas en la compuerta mientras la tripulación va a por el tridente. Ayla se sienta en la plataforma con la cola en el agua y Morana se pone a su lado.

—Has estado muy bien, sirenita.

—No ha sido nada en comparación contigo. ¿De dónde has sacado esa puntería?

—Mi padre me enseñó. – Nota una punzada de dolor en su voz.

—Lo siento...

Antes de que se dé cuenta tiene la punta de la espada en el cuello y Morana la mira fijamente. La capitana hace levantar la cabeza a la sirena y se pone de cuclillas, sin retirar la espada. Están a la misma altura cuando Morana se acerca y besa a Ayla.

Es un beso corto, la capitana aleja el rostro, pero su sirena no se conforma con eso y tira de ella. Morana cae al agua con ella y vuelven a besarse. Ambas saben a mar, a ambas les recuerda a su hogar. Se besan hasta que oyen a la tripulación acercarse, entonces se separan y se ríen. La tripulación tiene el tridente, lo que inunda a las dos

chicas de alegría y emoción, pero parece que no ocurre lo mismo en los demás. A pesar de haber conseguido el tridente se les ve a todos preocupados.

—Capitana – dice un anciano –, quizá hay algo que usted y su acompañante quieren saber.

Cuenta como cuando llegaron a la roca vieron uno de los guardias malheridos enviar un mensaje. Cuando lo intentaron apresar para tomarlo como rehén él se rio y les escupió que el nuevo rey Aodh iba a acabar con todos ellos. Después de esto murió desangrado.

Ayla se mareaba. No sabe qué hacer, quiere vomitar y así hace. Cuando ya se ha recuperado, habla:

—Hay que salir ya. Si el guardia ha podido enviar el mensaje, tenemos poco tiempo antes de que mi primo y su ejército vayan en busca de lo mismo que nosotras.

—¿Tú primo? – Pregunta Morana.

—Aodh, mi primo. El Rey del Océano.

Todos suben rápidamente al navío y zarpan.

—¿A cuánto estamos del Noveno Océano, Haymitch? – Pregunta la capitana.

—Un mes como poco, capitana. – Responde el mismo anciano que había hablado hace un rato.

Ayla se encuentra nadando alrededor del barco, escuchando todo. Piensa en su primo, en su hogar. Habían dicho que tardarían un mes en llegar, las sirenas solo necesitan un par de semanas. Intenta centrarse en una solución, sabe que tiene que haberla, pero ahora su cabeza solo visualiza su beso con Morana. ¿Habría significado algo? Para ella sí, pero ¿Morana se sentía igual? No quería seguir pensando más en ello así que se sumergió en el agua. Una vez sumergida observa los peces nadar alegres. Le llega un recuerdo con su primo, la primera vez que salieron de la frontera de Nikkam. Sus padres habían fallecido hacía dos meses y ella seguía hecha polvo. Aodh le sugirió ir en busca de aventuras y ella aceptó. Le guio por el reino, disfrutando de la fauna que lo habitaba. Los peces más abundantes eran los rosa y morados, los favoritos de Ayla. Cuando llegaron a la frontera, no dudaron en salir. Echaron una carrera que no acabó bien. Por poco son devorados por un gran tiburón de ojos rojos y aletas del mismo color. Si no hubiera sido por la bola de cristal que encontraron y lanzaron contra el depredador, seguramente no estuviera aquí ahora mismo. Ayla para

en seco. Eso es, la bola de cristal. Recuerda cómo era, con el castillo de las Infantas dentro reluciendo como una estrella en el cielo. Sale a la superficie y llama a Morana.

—¡Capitana! – Ve como una cabeza se asoma por el lateral del barco, no puede evitar sonreír. – Creo que he encontrado la solución. El castillo de las Infantas.

Morana desaparece por un momento y luego vuelve.

—¿Qué pasa con ese castillo, sirenita? Está a menos de una semana de aquí. Al norte. Haymitch lo ha mirado en uno de sus muchos mapas. Creo que está desarrollando una dependencia hacia ellos.

Ayla se ríe y continúa.

—El castillo pertenece a las Infantas de Oshun, hechiceras muy poderosas capaces de cosas increíbles. Tan increíbles como puede ser transportarnos al Noveno Océano con un simple conjuro.

La capitana no escucha bien, así que baja a la compuerta y deja que la sirena se lo explique todo. Nada más terminar de explicarle, Morana, llena de orgullo, vuelve a besar a Ayla. Un beso rápido pero lleno de emoción.

—No sé qué haría sin ti, sirenita – se vuelve y grita que pongan rumbo al castillo.

Dos días han pasado; el barco atraviesa una tormenta por lo que la sirena está en su pecera, en cambio, Morana se encuentra en su camarote jugando con Haymitch al ajedrez.

—Capitana – dice el anciano –, no piense que soy un entrometido, pero vi lo que ocurrió en la laguna. No sé si es lo que más le conviene, una relación con una sirena me refiero.

La chica se sorprende, nunca habría imaginado tener que hablar de amor con él, pero tampoco se hubiera imaginado una relación con una sirena. ¿Era eso? ¿Una relación? O simplemente se besaron. Tienen que hablar sobre ello piensa.

—Creo que hay cosas más importantes en las que centramos. – Contesta finalmente.

—Sí, sí, señora, lo sé. Lo que ocurre es que no quiero que le pase lo mismo que con Sedna... – Morana clava de un golpe el puñal en la mesa de madera sobre la que juegan. Se levanta y sale por la puerta, cerrando con otro golpe.

Ayla espera impaciente. Es capaz de oír los truenos y sentir las fuertes olas golpear el barco. Lo único que piensa es en su primo, en lo que habrá pasado para que él sea el rey y en lo que pasará cuando se encuentren. En mitad de su debate interno, se abre la puerta de la bodega y entra Morana. La sirena se alegra de verla, no recibía una visita de la capitana desde hace dos horas.

—Tienes que irte – le dice la pirata. Ayla cree haber escuchado mal.

—¿Qué? – Pregunta.

—Debes marcharte, no puedes quedarte más. Lo siento.

Le pillan de golpe, no sabe cómo reaccionar. Se queda quieta mirando a Morana y en un momento la capitana se pone a llorar. Ahora está más perdida que antes.

—Lo siento – le dice con los ojos turquesa llenos de lágrimas.

Le cuenta lo sucedido con Sedna, como tuvo que verla morir en sus brazos cuando se encontraban en mitad de un combate entre su tripulación y otros piratas. Ambas eran dos adolescentes entrenadas para matar. Peleaban juntas, tan sincronizadas como los bailarines de Lietto, y así fue como finalizó todo, con un baile. El sonido de espadas chocando entre ellas; Sedna agarrándola y haciéndola girar como tantas veces habían hecho en las noches de danza; la espada destinada a ella atravesando el pecho de su amada. Se culpó por su muerte y todavía lo hace.

Cuando acaba de abrirse, Ayla le hace una promesa. Siempre estará con ella y no la abandonará.

Pasan la noche hablando, una dentro de la pecera y la otra acostada en uno de los cristales de esta. No se mueven de este sitio los tres días restantes, quieren pasar el mayor tiempo posible juntas. También aprovechan para trazar una estrategia con la que convencer a las Infantas de que les ayuden.

En el castillo de las Infantas reina la paz. Solo está la tripulación y el silencio que inunda el ambiente; un ambiente un tanto tétrico. Asisten los piratas al encuentro con las Infantas, Ayla se queda en el barco. Cuando llegan a la puerta, una voz suena en la cabeza de todos. ¿Quién osa molestar a las Infantas de Oshun? Pocos segundos después, otra voz. Piratas, las ratas del mar.

—Poderosas Infantas, hechiceras supremas de todos los Océanos, venimos en busca de vuestra ayuda – Grita Morana a la gran puerta de bronce, que se abre y aparecen tres siluetas vestidas con túnicas verdes.

Se acercan lentamente, como si flotasen en vez de andar. Se retiran la capucha y dejan ver sus rostros. Las tres tienen el cabello blanco recogido en tres trenzas, los labios los tienen cosidos y portan una negra venda en los ojos. ¿Qué os hace pensar que os ayudaremos, Morana? Saben su nombre.

—Supongo que sabréis qué es aquello que buscamos – continúa –, y lo que ello implicaría. Si nos ayudáis, os prometo que seréis bien recompensadas –. ¿Qué puedes darnos que no tengamos ya, humana? Pregunta la misma voz de antes.

—Os ofrezco voz. Vuestra opinión será tomada en cuenta a la hora de decidir sobre cosas que os conciernan. Dejareis de ser marginadas.

A nadie le gusta ser un marginado del mundo y es lo que ocurre con esas mujeres. Son temidas y están apartadas de cualquier ser vivo con conciencia.

Dejan de oírse voces por un rato, deben de estar discutiendo piensa Morana. Finalmente, un siseo se escucha en sus cabezas. De acuerdo.

Las tres Infantas chasquean los dedos a la vez y la oscuridad se traga tanto a la tripulación como a la sirena.

Un fuerte golpe despierta a Ayla, se encuentra en su pecera, en el barco. Todo se mueve de manera brusca, las olas golpean el barco con fuerza. Escucha una voz que la llama al otro lado de la puerta. Esta se abre y Morana entra claramente preocupada, pero en cuanto sus miradas se encuentran, esa expresión de preocupación desaparece. Le cuenta lo que pasó en el castillo y que ya han llegado al Noveno Océano y están a menos de un día del centro. Alegría y nervios es todo lo que siente la sirena; por un lado, están a nada de llegar a su destino, pero por otro, seguramente tengan que enfrentarse a su primo y no sabe si está preparada.

Deciden que Ayla irá nadando, así si sufren un ataque submarino ya sea de su primo u otro monstruo podrán saberlo con antelación.

El océano está agitado, grandes olas llegan por todos lados, los truenos suenan distantes y la lluvia cae con fuerza, pero para sorpresa de todos, no hay rayos. Siguen navegando en dirección al tornado y están a punto de llegar cuando Ayla se da cuenta de que no han estado escuchando truenos, sino tambores de guerra.

El remolino es visible al fondo, justo detrás de las tropas marinas compuestas tanto por soldados como por Nereidas, que se encuentran posicionadas tras una figura

montada sobre dos caballitos de mar gigantes de color perla, portando el tridente dorado. Su primo, el rey.

Los tambores se detienen y con ellos las constantes olas que golpeaban el barco, aunque la lluvia continúa.

—¡Deteneos! – La voz de Aodh se escucha clara y grave, digna del rey. – Soy Aodh, Rey del Océano.

Ayla se gira para mirar a la capitana, que tiene la vista fija a su contrincante, seguramente pensando en cien formas distintas de matarlo.

—Os doy una última advertencia – continúa el rey –. Dad la vuelta y volved allá donde procedéis o enfrentaros al soberano de todo mar y a su fuerza.

Si alguna vez ese ser fue su primo, no queda rastro de él, es un desconocido para la sirena y en estos momentos, su siguiente presa. Morana le dice que vaya a la compuerta y allí discuten, pero finalmente deciden luchar. La capitana le entrega uno de los colgantes con forma de caracola, convirtiéndola de forma oficial en una de su tripulación. También le otorga el tridente de Varuna, ya que ella será la que se haga con la Fuerza Leviatán. Por último, se arma con su par de cuchillos.

—Te quiero. – Le dice finalmente a Morana, quien la hace callar.

—Esto no es una despedida, sirenita. – Se queda mirándola unos segundos y vuelve a hablar. – Te quiero.

Todo ocurre muy rápido; el primer cañón dispara, acaba con unas cuantas tropas enemigas; las demás avanzan, los piratas se lanzan al agua con sus dispositivos y para cuando quiere darse cuenta, Ayla ya ha acabado con cinco soldados. Cuatro Nereidas la tienen rodeada, es hora de usar el tridente. Lo gira sobre su cabeza, tan ágilmente que parece sencillo. Piensa en una estrategia, sabe que, si se centra en una, las demás se le echarán encima. Lanza el tridente contra una de ellas, a la que se le clava en el ojo y se convierte en ceniza; mientras tanto, Ayla desarma los cuchillos. Sabe que con un arma normal no puede matarlas, pero sí herirlas. Se lanza contra otra, impulsada con la cola, y consigue rajarle el hombro. Son mucho más feas de lo que esperaba, su cuerpo está recubierto totalmente de escamas verdes, con una cresta amarilla y azul en la cabeza; tienen los ojos amarillos con una ranura felina y los dientes afilados, para desgarrar.

Cuando la Nereida herida se va a lanzar sobre ella, la sirena reclama el tridente, que vuelve a su mano como si estuvieran atados por un hilo, atravesando a la bestia, que se esfuma. Solo quedan dos. Se deshace de ellas, no sin recibir algún que otro rasguño y mordisco, pero lo consigue.

El camino al tornado está, sorprendentemente, libre para ella sola. Está a punto de llegar a él cuando emerge una figura.

—Aparta, primo. – Antes era una forma cariñosa de referirse a él, ahora es veneno en su boca.

—Perdiste el derecho a llamarme así el día que te uniste a ellos, sucia traidora.

—Creo recordar que el que me abandonó el día de mi cumpleaños fuiste tú.

—Era una muerte segura Ayla, no esperarías que me enfrentara a ellos yo solo.

—Mírame Aodh, ¿acaso me ves muerta?

Un petardeo llama la atención de la sirena, se gira y ve una lluvia de bolas de cañón dirigidas a donde está su primo. Este se aparta y Ayla aprovecha para hacerse paso hasta el remolino. Cuando va a entrar, nota un agarrón. Su primo está sujetándole de la cola. Lucha por escapar, pero es inútil. Justo cuando va a atestar el golpe con el tridente, una bala impacta contra su hombro derecho. Sigue la trayectoria de la bala y ve a Morana con su pistola apuntando hacia el rey, quien suelta a la sirena, dejando que se introduzca en el remolino.

Está muy oscuro, Ayla no sabe dónde está. Sabe que está sumergida, a mucha profundidad, pero no puede ver nada. Ayla Úrsula de Nikkam. Sisea una voz. Como es lo único que siente, se aferra a ella y la sigue. Ayla Úrsula. Repite la voz. Es capaz de oírla más alto, por lo que debe estar acercándose. Sigue nadando hacia la voz. ¡Ayla! Esta vez se asusta. La voz suena detrás de ella, como un grito que surge de donde venía. Se gira y encuentra una luz morada, parpadeando en el suelo; enterrada bajo la oscura arena. Retira la arena del objeto y ve que se trata de la insignia de la tripulación. Se lleva la mano al cuello y nota que le falta su caracola, el regalo de Morana. Va a agarrar aquel extraño objeto que antes le pertenecía y nada más tocarlo la engulle la oscuridad.

Se encuentra en Nikkam, peces nadan a su alrededor; nada un rato hasta que escucha risas. La curiosidad le puede y se acerca a ver de dónde proceden. Cuando llega a la fuente de aquellos sonidos, se ve a ella misma de pequeña, con su madre.

Ese momento fue la primera vez que cazó un pez y se sintió muy orgullosa. De repente todo vuelve a dar vueltas, cuando para, se encuentra en la casa de su primo, también conocido como el palacio real. Ese día murieron sus padres a manos de piratas mercenarios; ese día empezó un mayor odio hacia los piratas. De nuevo todo gira, ahora está en el barco de Morana. Están sirena y pirata, compartiendo historias de su infancia; fue la primera vez que dejó de odiar tanto a un pirata.

Así ocurre las siguientes tres veces, en las cuales Morana es la protagonista. Su primer beso, la vez que la capitana pensó que la había perdido en el barco después de las Infantas y, por último, aquel mismo día cuando se dijeron “te quiero”.

Ayla vuelve a despertarse, está en la superficie y tiene la caracola en las manos; dentro de ella se encuentra la Fuerza Leviatán. Lo ha conseguido, la ha cogido y ha sobrevivido. Ahora solo queda entregársela a su capitana. Recorre con la mirada todo el campo de batalla, cadáveres de ambos bandos flotan en el frío agua. Localiza el barco y en él a Morana. Echa a nadar, tanto el barco como la capitana se están hundiendo.

—¡Morana! – Le llama y enseña la caracola.

La pirata se señala la pierna; su dispositivo debe de estar roto. Una hilera de cajas desprendidas del barco las une. Ayla las señala para que la otra se dé cuenta y vaya hasta ella para que puede ponerla a salvo. Cuando entiende a lo que se refiere, Morana empieza a cruzar las cajas. Le quedan cuatro cuando Aodh aparece detrás de Ayla, a unos cuantos metros, pero esta no se da cuenta ya que está centrada en su amante. La capitana sí que lo percibe y salta las cajas de dos en dos. El rey lanza el tridente con intención de matar a su prima, pero Morana se anticipa. Llega justo para apartar a Ayla y ocupar su lugar. El tridente se le clava en su espalda. Ayla grita, nada hacia su capitana, hacia su Morana. Llega hasta y ella y la abraza.

—Huye, sirenita – le dice la capitana.

—Prometí no abandonarte, ¿recuerdas? – Se le rompe la voz.

—No quiero irme – le dice Morana –, no quiero dejarte.

Una lágrima resbala por la mejilla de Morana. Deja de respirar. Se ha ido finalmente. La sirena llora; llora como nunca antes ha llorado.

La gente dice que el amor es el sentimiento más poderoso; eso es porque nunca han experimentado la ira y venganza, y Ayla ahora mismo siente todas ellas.

Llorando, se pone el colgante con forma de caracola y nota la magia recorrer sus venas. Nota el poder adueñándose de ella; su cola se convierte en numerosos tentáculos púrpura, sus manos desarrollan afiladas garras y sus dientes se afilan como una sierra. Ahora ella es la portadora Fuerza Leviatán.

Ella y Aodh luchan por horas; él con su magia y ella con la contraria. Ambos descargan sobre el otro sus sentimientos y sus golpes con sus tridentes y palabras, pero no es suficiente. El rey consigue vencerla, pero decide apiadarse de ella. Como castigo la exilia de Nikkam y le roba su canto, convirtiéndola en un ser distinto a otro nunca visto. Un ser con el corazón roto. Un ser al que le han arrebatado todo cuanto tenía. Un ser que anhela recuperar lo que le han quitado.

Pomete vengarse. Promete vengar a Morana, ya sea con el propio Aodh o su descendencia. Promete recuperar su voz. Ahora ella es la Bruja del Mar, ya no es Ayla. Ese nombre le pertenece tanto a ella como a Morana, y esta última ya no está, por lo que el nombre debe irse con ella. Pasa a llamarse por su segundo nombre: Úrsula.

Ella es Úrsula; la Bruja del Mar.

El vuelo de las mariposas

Adriana Bella Purón (2º de Bach.)

Hola,

No quiero asustarte, pero creo que acabas de cometer el mayor error de tu vida. No te preocupes, no tengas miedo, si, total, todos fallamos alguna vez. Calma, calma, que he venido a ayudarte. Mira, vamos a hacer una cosa; como lo hecho, hecho está, tú ahora súbete aquí conmigo y déjate guiar.

¿Que qué es esto? Pues es un viaje un poco extraño que vamos a hacer donde tú quieras: un trasbordador, un avión, un tren, un helicóptero, un barco, una lancha; incluso un yate si es donde te encuentras más a gusto. Personalmente siempre lo he visto como un avión, pero eso es algo mío.

Bien, pues a tú señal marchamos.

Mientras despegamos te diré de qué va esto. Yo soy quien tú quieras que sea; tengo ese superpoder. Puedo ser tu persona favorita, tu enemigo más acérrimo, alguien a quien idolatras, o puedo ser simplemente yo, como veas. En realidad, inconscientemente, has sido tú quien me ha elegido para estar hoy aquí y ahora, supongo que tendrás tus motivos.

Verás; como ya habrás notado éste no es un viaje al uso. Aquí lo único que no decides tú es el destino y cómo se desarrolla; el resto, aunque no me creas, depende de ti. Vamos a ir visitando algunas de las razones que te han llevado a embarcarte en esta aventura, para que veas alguna cosita desde otra perspectiva.

Por supuesto, claro está que tú no tienes que hacer nada todavía, solo escuchar, aprender, y en la medida que puedas, disfrutar. Fuera nervios, fuera inseguridades, fuera agobios.

Espera, espera; no te impacientes. Ahora, en cuanto salgamos de la troposfera, está la primera parada.

Mira, ya hemos llegado. ¿No la ves? Es esa nube de ahí. Sí, justo esa. La que tiene forma de balón.

Verás, estamos aquí por una primera y sencilla razón. Tenías seis años entonces. Eras tan inocente que seguías creyendo que la Luna estaba hecha de queso. Esto fue

un día sin más, como otro cualquiera, en el que fuiste al parque con tus amigos a jugar a la pelota.

A ti te encantaba ese plan, no había más que verte. Siempre llegabas el primero y te ibas el último. Animabas a tu equipo como si de una auténtica final se tratase. Los nervios tontos que te recorrían las piernas salían luego en forma de energía y risas. Pero este día algo falló. Este día no hubo risas; y no fue porque os pelearais, o porque te hicieras daño, no. Eso ya había pasado antes. El cambio del que te hablo fue invisible; y casi tan imperceptible como determinante. En esa pequeña cabecita tuya empezó a crecer un pensamiento “tengo que destacar”, te decías, “si no lo hago perfecto mañana no me querrán en su equipo. Y pasado no contarán conmigo, y acabaré quedándome sin amigos”.

Absurdo ¿no crees?, cómo algo tan estúpido puede empezar a rompernos.

Sin embargo, tampoco fue nada demasiado alarmante; quiero decir, todos en algún punto hemos sido perfeccionistas e inseguros. El problema es cuando ese pensamiento se repite una y otra vez, como un mantra del que no nos podemos olvidar.

En fin, no hace falta que digas nada, con que reflexiones me vale. No te voy a llevar a todos los destinos donde se repite esta situación porque se trata de terminar el viaje, ya me entiendes; pero debes saber que se repite mucho esta parada. Y es una pena porque es fea con ganas. Bueno, continuemos.

Vamos a irnos ahora a un sitio que está un pelín más alto, pero no te preocupes, no ceo que pases frío. Ahora vas a ver una cosa que igual te resulta un poco violenta y de la que posiblemente no quieras ni oír hablar, pero es fundamental que la conozcas.

Escucha, ¿lo oyes?, te lo está cantando esa golondrina. Sí, como la de Bécquer, pero ésta creo que sí que va a regresar. Da igual, de todas formas escucha atentamente. ¿Qué, lo recuerdas? Es aquella vez que tus amigos, en broma, empezaron a decirte que eras muy grande, que pensabas muy poquito, y que era un milagro que supieras hablar y andar a la vez. Y claro, cómo no les ibas a hacer caso; si a esa edad los amigos son las personas más sabias del mundo. No sé si te acuerdas o no, pero esos amigos, por cosas de la vida, luego desaparecieron; y ahí te quedaste tú, comiendo poco y callando mucho para intentar ocultar ambas cosas, tu tamaño y tu inteligencia. Pues déjame que te diga que ambas cosas son imposibles de esconder; y que además no tienes por qué esconderlas porque son parte de ti. Es como si intentas

esconder que tienes dientes. ¿A que no tiene sentido?; pues para ti, entonces, fue un auténtico rompecabezas.

Veo que te ha afectado un poco. No pasa nada, conmigo puedes llorar a gusto, yo no soy quién para juzgarte. Y si en algún momento lo hago, ya sabes que tienes el poder de cambiarme por quien quieras.

Mira, llegados a este punto, creo que tienes dos formas de afrontar esta situación: puedes venirte abajo y lamentarte por todo ese tiempo que perdiste y todo lo que te descuidaste durante esos años; o bien, puedes levantar la cabeza con orgullo y ver, que, igual que entraste en ese bucle, supiste salir. Con tus más y tus menos, tus recaídas y por supuesto con ayuda, pero es que esto no se trata de una carrera ni de ser Superman.

Ya sé, tengo una idea. Como dicen que hay que descansar durante los viajes, vamos a hacer una pequeña parada y así te tranquilizas. Además, quiero que conozcas a alguien. Iremos andando porque debes de tener las piernas muy entumecidas, además a esta persona le encantará ver lo grande que estás.

Ahí viene. ¿La recuerdas? Pelo blanco, ojos grises, delgaducha, sonriente. Es una de las personas que más te quiso en el mundo; y una de las que más quisiste tú. ¿Sabes por qué yo no soy ella? Porque te da miedo decepcionarla. Te aterra el mero hecho de pensar cómo se sentirá ella al verte así, en este estado. No te pares, no te va a juzgar ella tampoco. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará, solo quiere verte; te echa mucho de menos.

No quiero que te tomes esto como un castigo o como una penitencia. Míralo más como una oportunidad que pocos tienen de enmendar el pasado y de despedirse de ella. Aprovecha todo el tiempo perdido, ese del que tantas veces te has arrepentido y que has deseado tener. Abrázala, bésala, dile todo lo que la quieres, y verás como las cosas se van solucionando poco a poco.

¿Has acabado? ¿Qué tal? Me puedo imaginar que genial. Es una mujer maravillosa; por aquí le apreciamos mucho. Bueno, pues ahora que ya tenemos fuerza, vamos a continuar, que el camino nos espera y aún hay mucho por hacer.

Verás, la siguiente parada es muy especial, porque marcó un antes y un después. Creo que sabes a qué me refiero. Vamos a subir un pelín más, justo a la terminal 4 del

aeropuerto de Barajas. Dinamarca, vaya destino más bonito. Te pongo en situación: agosto de 2011. Empezaban para ti las vacaciones “ideales” porque te ibas a Dinamarca con los amigos, después de cuatro duros años estudiando tu carrera en Madrid.

Todo iba de maravilla. Visitas por la mañanas y fiestas por las noches. Unas vacaciones de ensueño. Pero una noche, los vapores del alcohol hicieron sus estragos; y una estúpida conversación sobre quién la había liado más de pequeños hizo que os enzarzaraís en una lucha que terminó con todos en comisaría, pagando una multa de la que seguro os ibais a acordar. Y ya nunca fue lo mismo. A partir de entonces, os fuisteis separando poco a poco, culpándoos los unos a los otros de la situación. Y te fuiste sintiendo cada vez más solo.

Vamos a seguir moviéndonos, que ya estamos casi al final. La siguiente parada está muy cerca. De hecho, tanto que se podría decir que una es consecuencia de la otra. Mira, es ese edificio de allí. Se parece mucho a la tienda en la que trabajaste durante la carrera para poder sacarte unos ahorritos. Bien, pues quiero llevarte allí para que veas una cosa.

No te asustes ni te espantes, porque eres tú. No precisamente tu mejor versión, pero al fin y al cabo tú. Fíjate en esa señora de allí. ¿Sabes por qué está tan seria? Acaba de volver de discutir con su hijo y ella aún no lo sabe, y por supuesto tú tampoco, pero después de esto no le va a volver a ver porque él tendrá un accidente y caerá en coma. Ahora presta atención a cómo te diriges hacia ella. No la saludaste, y cuando la viste indecisa, te pusiste nervioso y acabaste gritándole. Ya te sabes lo que viene después, y lo mucho que te costó encontrar otro trabajo.

Déjame decirte por qué ocurrió eso. Te pusiste nervioso porque llevabas ya un tiempo durmiendo mal, ya que la única forma que tenías de olvidarte de que tus amigos y tú ya no os soportabais era saliendo de fiesta y llegando con unas cuantas copas de más a casa. Y además decidiste que, si no tenías a tus amigos de siempre, ya no podrías hacer nuevos amigos y te quedarías así de vacío siempre. Y toda esa rabia y esa angustia salieron de ese modo.

Ese fue un encuentro desafortunado, no cabe duda. Pero vamos a marcarlo como inicio del fin ¿Te parece?

Vamos a seguir subiendo, que ya casi hemos llegado. Si tienes frío tengo mantas. Mi madre siempre me decía que era muy importante llevarlas, porque nunca se sabía si el coche se estropearía y tendríamos que pasar la noche en la calle.

Mejor abrígate, que la siguiente visita te va a dejar un poco tocado.

En este punto, la idea terrible que te ha llevado hasta aquí ya se estaba gestando en un tu cabeza. No con tanta fuerza y, por supuesto, de una forma totalmente irreal; pero bueno, así es como empiezan todas las ideas.

Vamos a bajarnos ahora en esa nube de ahí que tiene forma de cruz. Te explico, se trata de un hospital. Allí dentro está tu padre; es justo después de que le operen de la cabeza. Según los médicos todo ha salido bien y pronto podrá estar en casa. Pero no te engañes, ese alivio que tú y tus hermanas sentís pronto se va a ir.

La pista está en la frecuencia del pitido del monitor de signos vitales. Es casi imperceptible, pero poco a poco el espacio entre un sonidito y el siguiente es mayor. Los médicos no lo notan y vosotros tampoco, así que a los pocos días tu padre vuelve a casa.

La operación de cerebro le ha dejado serios problemas en el habla y la motricidad, así que un día, incapaz de comunicar su fatiga respiratoria y su dolor de pecho, colapsa y fallece tumbado en su cama.

Cuando a la mañana siguiente entraste para ayudarlo a vestirse, esa pequeña estabilidad que quedaba en tu mundo se vino abajo. Pero decidiste jugar el papel del fuerte; por ti, por tus hermanas, por tu madre, y todo junto acabó con tu salud mental.

Tu madre ingresó en el mismo hospital que tu padre por depresión, aunque tú estabas en contra, porque para ti allí los médicos eran asesinos. No pudo salir de esa, porque te necesitaba y tú no estabas allí.

Las circunstancias eran las que eran y tú no podías haber hecho nada, sin embargo, de ti dependía el enfoque que ibas a darle. Tuviste la opción de superarlo, de hacerte fuerte y crecer, de rodearte de tu familia y salir juntos de eso. Pero no; decidiste librar la batalla por tu cuenta, decidiste acobardarte y refugiarte en una actitud fría pero fácil, que consistía en aislarte de todo y de todos, autocompadecerte y lamerte las heridas hasta que dejaran de escocer. Y no lo hicieron nunca.

Antes de terminar, me gustaría llevarte justo al momento de antes de conocernos. ¿Te atreves? Va a ser duro, quizá sea lo peor a lo que te hayas enfrentado jamás, pero si de verdad quieres entender el viaje vas a tener que verlo.

Bien, pues allá vamos. Esta parada ya es la Luna. Fíjate cuánto hemos subido ¿Te imaginas lo increíble que le parecería a tu versión mini el estar aquí arriba? Te he traído aquí porque es donde mejores vistas vamos a tener; y porque la Luna siempre ha tenido ese efecto misterioso sobre las personas que las invita a abrirse sin medida, a atreverse a cosas que jamás harían con el Sol.

Mírate, ¿te ves? Estás llorando en el espejo. Te dices a ti mismo que nunca lo vas a superar, que no eres suficiente, que tu familia estará mejor sin ti, porque lo último que necesitan es otro problema del que encargarse. También, que tus amigos se separaron por tu culpa, porque todos discutíais. Pero fuiste tú el que sacaste el tema; que, si hubieras estado más pendiente de tu padre, él podría haberse salvado. Y pides perdón; a tu familia por tener que pagar tu funeral y tu entierro; a tus amigos, por lo que hiciste; a ti mismo, por ser así; a quien te encuentre, por la violenta situación que se va a dar. Y miras la cuchillita, y no lo piensas.

Duro, ¿verdad? Ahora vamos a cambiar la dinámica. En primer lugar, vas a elegir cualquier sitio de la Tierra, el que quieras. Imagínalo. ¿Qué harías si pudieras ir allí con todo el dinero del mundo? ¿Serías feliz? ¿Sí, seguro? ¿Y qué hay de ese pensamiento de perfección que tanto te preocupaba cuando jugabas? ¿O de ese examen que suspendiste, y que hizo que tus amigos se burlaran de ti? ¿Del bocadillo que no te comiste, de las peleas con tus amigos, el viaje a Dinamarca, la muerte de tu padre, la depresión de tu madre, o el aislamiento al que te sometiste? ¿Desaparecería todo eso? Pues si puede desaparecer en el lugar más fantástico del mundo es porque tú puedes hacer que desaparezca.

Mira; te daré un adelanto que nos deberían dar a todos cuando nacemos. La vida, como bien sabes, no es fácil. Te pone piedras cuando vas descalzo, arena cuando te pones las zapatillas y, muchas veces, cenizas ardiendo cuando no hay ningún sitio en el que subirse. Pero te diré algo, no eres el único, ni siquiera el que peor está. Y sí, ya me sé eso de “no te compares con nadie”, “yo no tengo la culpa”, “ya lo sé, pero a mí me ha tocado esto y es horrible”, “pero, mira, fíjate qué bien están ellos”, y demás. Pues ¿sabes qué? Que ese “ellos” que según tú tan bien están tienen los mismos problemas que tú, y lo pasan igual de mal que tú. La diferencia radica en que ellos, cuando la vida pone piedras, hacen un pequeño montículo para recordar cada vez que lo vean que ya han estado ahí, y que pudieron salir. Cuando les pone arena, en vez de quejarse porque se mete en las zapatillas, dan gracias porque eso significa que cerca hay un mar en el que van a poder bañarse más adelante, cuando la arena pase; y cuando les pone lava, llaman a la gente que los quiere y construyen un puente. Pero

no se hundan, no se compadecen de sí mismos, y, sobre todo, no les da miedo pedir ayuda.

Ahora te toca a ti. Tienes dos opciones para terminar este viaje: vuelves allí abajo y en cuanto te despiertes llamas a un vecino para que te lleve al hospital a coserte ese corte; o te quedas aquí, lamentándote sobre qué podría haber pasado si solo hubieras pedido ayuda, si hubieses aguantado un día más, o hubieras afrontado la vida de otra manera.

¿Qué me dices? ¿Volvemos? Genial. En ese caso, hazme un favor. Cuando sanes y te dejen salir, quiero que te tatúes unas mariposas sobre la cicatriz que te quedará en la muñeca, pero no tapándola, sino rodeándola, para que con cada contratiempo sepas que de ti depende extender las alas y volar, y ser libre; y para que tengas siempre presente esta etapa de cambio y evolución por la que has pasado. Déjame decirte que eres muy valiente, y que espero que disfrutes mucho de toda la vida que te queda por delante. Ahora vuela, pequeña mariposa, que este viaje ya ha llegado a su fin.